

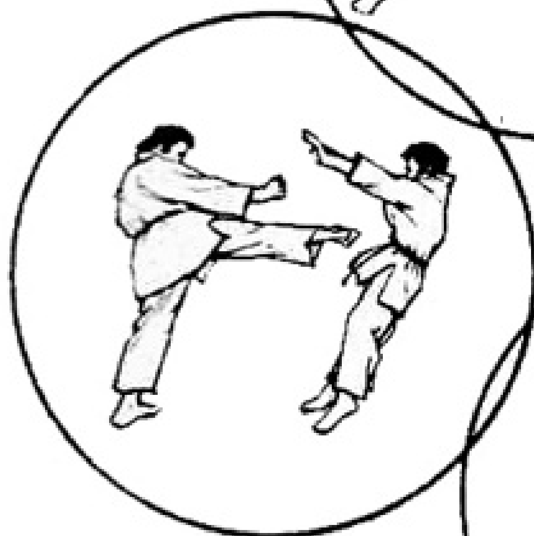
¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

EL DOGAL AL CUELLO







COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

70— Rosas negras para morir. *Curtís Garland.*

71— El brillo de las navajas, *Ralph Barby.*

72— La banda del trébol rojo, *Clark Carrados.*

73— El makimono, *Lou Carrigan.*

74 — Cinco discos de jade, *Curtís Garland.*

CLARK CARRADOS

EL DOGAL AL CUELLO

Colección ¡KIAI! N° 75
Publicación semanal





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-04932-4
Depósito legal: B. 10.019 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1978

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN».

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,** S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Le pareció que en la habitación de arriba se producía algo de ruido: acaso voces destempladas, un vaso roto contra el suelo, una silla volcada... y la caída de un cuerpo humano. Pero en otro sitio había alguien con la televisión en funcionamiento y no hubiera podido asegurar que los ruidos no procedían de la película que se pasaba por la pequeña pantalla.

Baxter bostezó, en la terraza de la habitación del hotel en que se alojaba en Honolulú, frente a la playa de Waikiki. Desde allí, veía el incomparable espectáculo que ofrecía el mar plateado, con la luna llena a poca altura sobre el horizonte, el distante rumor de las olas y el tenue perfume de las flores tropicales que subía desde el frondoso jardín del hotel.

Había decidido tomarse unos días de vacaciones, eligiendo las Hawái para ello. Era un lugar donde nadie le conocía y en el que esperaba pasar un par de semanas en la más absoluta inacción, al menos, en cuanto a aventuras se refería. Comer, dormir, nadar, practicar el *surf* cuando hubiese oleaje suficiente —y en Waikiki nunca faltaban las olas adecuadas para aquel atractivo deporte—, y completar su estancia con alguna excursión a los lugares eminentemente turísticos de la isla de Oahu. Llevaba dos días en Honolulú y ya empezaba a relajarse.

Los ruidos sospechosos habían dejado de producirse. Baxter terminó el último cigarrillo, lo aplastó contra el cenicero y estiró los brazos voluptuosamente. Luego se levantó de la hamaca y entró en la habitación. Se desvistió, poniéndose solamente los pantalones del pijama, cortos, además, y se encaminó al cuarto de baño.

Al salir, dispuesto ya para echarse a dormir y conciliar el sueño apenas apoyara la cabeza en la almohada, vio unos pies que colgaban de la terraza del piso superior.

Los pies se prolongaron en unas pantorrillas, a las que siguieron los muslos y las caderas. En aquel instante, Baxter adquirió la convicción de que se hallaba ante un “rata de hotel”.

Inmediatamente, tomó una decisión. Echó a correr hacia adelante y agarró al ladrón por la cintura, justo cuantío pasaba ante su terraza. En aquel mismo momento, Baxter pensó que había olvidado sus propósitos y que la captura del ladrón podía crearle una serie de conflictos que deseaba evitar a toda costa, a fin de no alterar la

placidez de sus vacaciones, pero ya era tarde.

Como solía, actuó fulgurantemente, atrayendo al ladrón hacia el interior de la terraza, ya que harto suponía que se descolgaba por alguna cuerda. Entonces, puesto que tenía que oprimir ti cuerpo del ladrón contra el suyo, notó con enorme sorpresa la presión de unos senos jóvenes y firmes sobre su pecho desnudo.

—Vaya, es una ladrona —resopló.

Pero no por ello soltó su presa. Tiró de la mujer hacia adentro *y* ella, sorprendida en el primer instante, se dejó llevar. Luego quiso resistirse.

En una fracción de segundo, Baxter apreció que la ladrona era joven y exquisitamente formada. Vestía una malla negra, que cubría enteramente su cuerpo, de los pies a la cabeza, con una capucha muy ajustada, que sólo dejaba los ojos al descubierto. Pendiente del hombro izquierdo, llevaba una bolsa de tela, en la que supuso transportaba su botín.

La ladrona intentó golpearle en la cara con el canto de la mano derecha. Baxter alzó la izquierda, apresó su muñeca y la hizo dar una vuelta completa por los aires. Al terminar la voltereta, ella se encontró sobre la cama, en la que quedó de espaldas, aunque ligeramente incorporada, apoyada en el codo izquierdo.

—Le juro que no lo he hecho intencionadamente —sonrió Baxter.

Ella le miró con fijeza un instante. Luego movió una mano:

—Quite la cuerda, pronto —pidió en voz baja, pero apremiante —. Sacuda un poco hacia arriba y el gancho se soltará por sí solo.

—Sé cómo se hace, pero...

La ladrona no quiso seguir hablando. Levantándose de un salto, corrió hacia la terraza, sacudió la cuerda y el gancho saltó al vacío. Luego tiró de la soga y la recogió con inusitada rapidez, dejándola en el rincón más oscuro de la terraza.

Acto seguido, entró de nuevo, corrió las cortinas y empezó a desnudarse, ante la estupefacción del ocupante de la habitación.

—Oiga, preciosa —dijo Baxter—. Nunca rechazo una aventura amorosa con una mujer bonita, pero, al menos, déjeme tener un poco de iniciativa...

—No sea estúpido —contestó ella, ásperamente—. ¿Acaso cree que he venido aquí para meterme en la cama con usted?

—Bueno, si está aquí, es porque yo la he hecho entrar. Al menos, sea veraz en sus palabras.

Ella no contestó. Seguía con su tarea y, en pocos segundos, quedó completamente desnuda. Baxter, estupefacto, la dejaba hacer.

De pronto, chasqueó los dedos.

—Ya sé. Ahora notarán que ha robado, empezarán a registrar las

habitaciones y la encontrarán a usted en mi cama, aunque nos comportemos con la más exquisita castidad.

—Algo hay de eso —respondió la desconocida.

Tenía su bolsa en el suelo y se había acuclillado, sin importarle poco ni mucho su desnudez. De pronto, Baxter, que iba de sorpresa en sorpresa, la vio sacar un sujetador que parecía hecho de tela de araña, unas braguitas, un vestido estampado con flores de vivos colores, y un par de zapatos, así como un pequeño bolso blanco.

En menos de un minuto, la desconocida estuvo vestida por completo. Al terminar, metió la malla negra y las zapatillas que había usado hasta entonces en la misma bolsa, y la lanzó resbalando hacia el trozo de suelo que había bajo la cama.

Luego se irguió y, con ambas manos, se retocó un poco el pelo revuelto. Finalmente, se volvió y miró sonriendo al atónito ocupante de la habitación.

— ¿No tiene una copa para invitarme? —solicitó—. Al menos, cuando venga la policía, que me encuentren charlando animadamente con usted.

— ¡Ah!, va a venir la policía —dijo él.

—Sí. En la habitación de arriba se ha cometido un asesinato.

* * *

Apenas había empezado a destapar la botella, se oyeron ruidos de carreras por los pasillos. Ella dijo:

—Ya lo han descubierto.

—El asesinato.

—Sí. Una puñalada.

—Usted no ha sido.

—Gracias por confiar en mí, señor...

—Baxter, pero puede llamarme Budd. ¿Cuál es el nombre con el que debo conocerla, señorita? ¿Jean Smith?

Ella se echó a reír. Tenía, además de una silueta en la que la naturaleza había concentrado todas las gracias físicas posibles, un rostro sumamente atractivo, quizá no bello según los cánones clásicos, pero sí muy expresivo y que derramaba simpatía al sonreír, en especial por los hoyuelos que se le marcaban.

—No, Sidonie Cayburn —contestó—. Es mi verdadero nombre, aunque tengo un apodo, pero, claro, no se lo voy a decir.

—Ni se lo pediré tampoco. Pero ¿la ofenderé si le digo que es una ladrona?

— ¡Oh, no, en absoluto! Ni me ofende ni me molesta.

Baxter alzó su copa.

—Por usted, Sidonie. Aparte del muerto, ¿ha encontrado algo?

—No. Apenas lo vi, salí disparada.

—No quería líos, ¿eh?

—A usted le habría pasado lo mismo, Budd. ¿Cuál es el apellido?

—Baxter. Y no me habría pasado lo mismo, porque no soy un ladrón. Pero, dígame, ¿qué esperaba encontrar en la habitación del difunto?

—Cinco mil billetes de a cincuenta dólares —contestó Sidonie, sin pestañear.

—¡Ca...ramba! Eso es un cuarto de millón —respingó Baxter.

—En cincuenta fajos de a cien billetes cada uno.

—No está nada mal, Sidonie. Pero ¿tanta prisa tenia que no pudo detenerse un minuto siquiera, para llevarse la “pasta”?

—El dinero estaba en un maletín de *attaché.* Me bastaron treinta segundos para saber que se lo habían llevado.

—El asesino.

—Sin duda.

— ¿Tiene alguna idea de su identidad?

—En absoluto.

Baxter miró a la joven por encima de su copa.

—Sidonie, cuando una persona lleva un cuarto de millón en un maletín es que debe hacer alguna compra en la que un cheque no sirve —dijo.

—Exactamente.

—Y la cosa que se desea comprar no es, digamos, de uso autorizado por la ley.

—Eso pienso, Budd.

— ¿Drogas?

Sidonie se encogió de hombros.

—No lo sé, ni me importa —contestó—. Lo único que siento es haber fallado el “golpe”.

— ¡Ah! La vida del dueño del dinero no le importa.

—Ya está muerto, ¿no? Además, quien actúa ilegalmente, no merece mucha compasión.

—Como usted, por ejemplo.

—Mí caso es... distinto —se ruborizó ella.

—Sí. Los “ratas de hotel” son buenas personas. Pero para dar el golpe que había planeado, se necesitaba, sin duda, una buena información.

—No me falló, ¿verdad?

—No lo sé.

— ¡Ah!, ¿piensa que subí a esa habitación para asesinar a su ocupante? —se picó Sidonie.

—Hasta ahora, sólo tango, como referencia, lo que usted me ha relatado. Me inclino a creerla, pero soy lo suficientemente escéptico como para dejar un resquicio abierto a la duda.

—Comprendo su actitud, pero puede creerme: le he dicho la verdad.

—Bien, démoslo por sentado. Ahora, explíqueme una cosa. ¿Cómo ha traído preparada la ropa que se ha puesto en lugar del uniforme de “rata de hotel”? —preguntó Baxter.

—Reconocerá usted que ese uniforme es el más adecuado. Permite actuar con un mínimo de visibilidad y un máximo de libertad de movimientos. Pero, ciñéndonos a su pregunta, le diré que pensaba cambiarme en un rincón del jardín, que ya tenía elegido.

—Y yo se lo he impedido...

—Estoy aquí, ¿no? Ande, sírvame otra copa. Y ñongase una bata; no estaría bien que le viese la policía sólo con unos pantalones de pijama y además, cortos.

Mientras Baxter inclinaba la botella, dijo;

—Por lo visto, alguien avisó a la policía del crimen, justo cuando usted estaba actuando en la habitación del difunto.

—Más o menos —contestó ella.

Baxter recordó los ruidos que había oído antes

— ¿Hubo pelea?

—Un poco, no demasiado. Hay un vaso, roto, una silla volcada...

Sí, coincidía con lo que había escuchado, pensó Baxter.

— ¿Cómo se llamaba el muerto? No me diga que ignora su identidad, puesto que sabía era portador de un cuarto de millón.

—El nombre, digamos oficial, porque era el que utilizó para inscribirse en el hotel, es Japhard Laskie,

—Y provenía de Estados Unidos.

—De San Francisco de California.

—Apostaría algo a que usted le siguió desde allí.

Sidonie sonrió, maliciosa, y los hoyuelos se marcaron de nuevo en sus mejillas.

—Adivínelo, Budd.

—No, no me quitará el sueño. ¿Se quedará en Honolulú para explorar el terreno y dar un golpe que permita resarcirse de este fracaso?

—Es posible. Estamos en un bello país, con muchos alicientes.

—Sobre todo, las habitaciones de un hotel de lujo, con clientes adinerados. Sidonie, voy a hacer un trato con usted.

—Dígalo, Budd.

—Pórtese bien o, de lo contrario, cuando llame la policía, diré que se ha refugiado aquí, después de haber estado en la habitación del crimen.

Los ojos de la joven se oscurecieron.

—Sería capaz...

—Si me entero de que ha cometido algún robo, informaré a la

policía —contestó él, severamente.

Sidonie vaciló. De pronto, llamaron a la puerta.

—Ahora tiene ocasión de denunciarme —dijo la joven.

Baxter agarró su bata y se la puso.

—Le daré una oportunidad —manifestó.

CAPÍTULO II

El *Hawái Times* había lanzado una edición especial. Mientras leía el periódico, desayunando sin prisas en la terraza de su habitación, Baxter se dijo que los dueños del hotel deberían estar dándose a todos los diablos, con la publicidad negativa que les reportaba el asesinato a Laskie.

El móvil del crimen, según la policía, era el robo. La billetera de la víctima estaba vacía y le faltaban también un reloj de oro y un valioso anillo, así como una costosa pitillera de plata, adornada con sus iníciales en rubíes. La muerte se debía a una puñalada que había interesado el corazón. El arma homicida no había sido hallada. Finalmente, el informador decía que Laskie había llegado a Honolulú en viaje de negocios, aunque no aclaraba cuáles podían ser éstos.

De Sidonie Cayburn, naturalmente, no se decía nada. La policía les había interrogado brevemente, sin presionarles apenas. Luego, Sidonie se había marchado. Baxter tenía guardados en su ropero la bolsa con el uniforme de ladrón y la cuerda con el gancho.

Volvería a verla, sonrió, mientras apuraba la última taza de café. Era una joven muy hermosa y valía la pena intentar una aventura, aunque sin mostrarse excesivamente ansioso. Luego se pregunto qué negocios podían ser los que habían traído a Laskie a Honolulú.

No había la menor duda: Laskie iba a comprar algo que no podía ser pagado con un cheque. ¿Drogas?

—Budd, estás de vacaciones —se dijo a sí mismo, en voz alta—. Déjate de problemas y disfruta de tu estancia en la isla.

Tras el desayuno, fue a la playa, en donde nadó un rato y luego practicó el surf. A mediodía, regresó al hotel, se duchó, se cambió de ropa y bajó al vestíbulo. Le habían hablado de un restaurante donde se comía estupendamente y tenía ganas de probar los menús del local.

Salió del hotel. El portero hizo una seña. Un taxi se paró junto a la acera. Baxter no había estimado conveniente llevar uno de sus coches, ni tampoco quería alquilar otro, por el momento. Se arrellenó en el asiento posterior y dio la indicación al taxista nativo:

—Maunoa Road, por favor.

—Bien, señor.

El taxi arrancó. Baxter sacó un cigarrillo y lo encendió placenteramente. Sí, en Hawái se vivía bien, sin las grandes prisas de Nueva York..., aunque también era lógico pensar que los que

trabajaban no tendrían menos prisas que los habitantes de la gran urbe.

Transcurrió un cuarto de hora. De pronto, Baxter frunció el ceño.

Aunque no conocía muy bien Honolulú, podía darse cuenta claramente de que el taxista no seguía la ruta señalada. Enderezó el cuerpo y fue a tocarle en el hombro, pero en el mismo instante, una sólida mampara de vidrio se alzó silenciosamente, aislándole del puesto del conductor.

Baxter se puso rígido. Tanteó las puertas. Estaban cerradas desde el exterior y le era imposible abrirlas.

Un poco más adelante, el taxi se desvió hacia la derecha, metiéndose por un camino serpenteante, que ascendía por las colinas. Baxter se dio cuenta de que lo que le sucedía no era, en realidad, un secuestro. De otro modo, ya estaría narcotizado o el chófer tendría un cómplice que se habría encargado de taparle los ojos y atarle las manos y los pies.

Se relajó en el asiento y volvió a encender un cigarrillo, Un sistema de aireación entró inmediatamente en funcionamiento. Tranquilamente, Baxter se dedicó a la contemplación del paisaje.

Diez minutos más tarde, el taxi se salió de la .carretera, entrando en un camino que corría por una vaguada situada entre lomas muy juntas, casi un cañón montañoso. Una cascada caía de las alturas y el riachuelo se salvaba por un puentecillo de madera. Luego, el camino torcía de nuevo a la derecha y, de pronto, Baxter se encontró ante una construcción que casi le pareció un palacio de cuento de hadas.

Había jardines en terrazas escalonadas, con abundancia de fuentes, flores tropicales, palmeras y surtidores adornados con estatuas de diosas paganas. El taxi, sin embargo, no se dirigió a la entrada principal, sino que siguió su camino hasta la parte posterior de la casa. Dos hombres recios, muy fornidos, acudieron de inmediato.

Baxter salió del coche. Uno de los individuos abrió una puerta.

—Entre —ordenó. .

El otro le apuntaba con una pistola, a cuatro pasos de distancia. Baxter se dio cuenta de que no tendría tiempo de atacar a su compañero, sin que el arma se disparase. En silencio, atravesó la puerta y se encontró en una cámara de forma cúbica, con paredes de cemento y absolutamente desnuda de muebles.

La puerta se cerró a sus espaldas, con cierto sonido que le hizo saber la existencia de una plancha de acero bajo la madera. De todos modos, la puerta blindada era menos importante que el hombre que aguardaba en la habitación, con intenciones, al parecer, nada amistosas.

* * *

Era un sujeto de poco más de metro y medio de altura, monstruosamente ancho de hombros y con una cabeza ridículamente pequeña en comparación con el corpachón sobre el que se hallaba. El cráneo estaba completamente afeitado y el cuerpo, desnudo, salvo un triángulo de tela, sujeto a la cintura por unas tiras del mismo tejido, aparecía brillante y aceitoso.

—Me llamo Khayto —dijo el hombre.

— ¡Hola, Khayto! ¿Te han pagado para que me mates?

—Eres buen luchador. Demuéstralo.

Los ojos de Baxter recorrieron las desnudas paredes del cubículo. En alguna parte, pensé, habría un objetivo de televisión. Alguien contemplaba la escena, confortablemente instalado en un butacón, con un refresco en una mano y un grueso cigarro en la otra. No comprendía por qué le habían traído hasta allí, pero una cosa parecía segura: el monstruo que tenía frente a si estaba dispuesto a pelear. Quizá hasta la muerte.

De súbito, cruzó los brazos.

—No tengo que demostrar nada —contestó fríamente.

—Te destrozaré —amenazó Khayto.

—Bueno.

— ¿No me temes?

—No.

Khayto, avanzó hacia Baxter y alzó una mano. De súbito, descargó un golpe, con el filo perpendicular, a la frente. Baxter no pestañeó siquiera. La mano, que podía haberle abierto el cráneo, se detuvo a un centímetro de su objetivo.

—No me gustan las victorias fáciles —gruñó Khayto,

—Ni tengo ganas de pelear, ni mucho menos de hablar de temas que no me interesan —Baxter alzó la voz ligeramente, sabedor de que alguien le escuchaba—. He sido traído a este lugar contra mi voluntad y pienso permanecer así, hasta que me suelten.

Hubo un instante de silencio. El sorprendido Khayto retrocedió unos pasos.

—Me dijeron que me encontrarla con un hábil luchador y no con un cobarde —dijo, despectivamente.

— ¿De veras piensas que soy un cobarde? ¿Has encontrado a otro hombre que permanezca inmóvil, cuando amenazas partirle la frente con el canto de tu mano?

—Entonces, ¿por qué no peleas? —gritó el sujeto, coléricamente.

—Hay una diferencia: a ti te pagan, a mí no. Tú estás aquí voluntariamente, aunque sea por el incentivo de una recompensa. A mí me han traído a la fuerza y, ya que no he podido evitarlo, al menos

no quiero dar un espectáculo gratuitamente. ¿Está claro? —dijo, con voz tonante.

En alguna parte, un hombre emitió un juramento.

—Está bien. Señor Baxter, siga por el pasillo que encontrará al otro lado de la puerta —dijo el desconocido.

Entonces, la puerta que había frente a la de entrada se abrió y Baxter echó a andar. Sonrió al pasar junto a Khayto.

—Si no te pagan lo convenido, reclama; la culpa de que no haya pelea no es tuya —dijo alegremente.

* * *

El hombre que estaba sentado en un enorme butacón era muy gordo, rebosante de grasa por todas partes, hasta el extremo de que casi no se le veían los ojos, cubiertos por unos párpados llenos de adiposidades. Vestía un holgado traje claro, sin corbata y, tal como había supuesto Baxter, tenía en una mano un refresco y en la otra un aromático habano.

Detrás del individuo había dos sujetos, con todo el aspecto de guardaespaldas, de rostro impasible y, seguramente, capaces de cometer las mayores atrocidades, sin inmutarse, cuando se lo ordenase el jefe. La estancia era enorme, lujosamente decorada, con una pared toda acristalada, desde la cual se divisaba una espléndida panorámica, con una extensa terraza en primer término, seguida de una piscina en forma de riñón, el agua de la cual era constantemente renovada por el surtidor que nacía de un delfín, sobre el que cabalgaba una ninfa desnuda.

En la redonda cara del gordo, Baxter captó unos rasgos orientales. El pelo era muy negro, aceitoso, aunque, sin embargo, en los escasos momentos que se cubrían sus párpados entornados, se podía apreciar el intenso color azul de sus pupilas.

—Soy Tommy Tikhoro —se presentó el individuo—. Karl, ofrécele una copa a nuestro huésped. Luego, déjanos solos. Tú también, Harry.

Baxter permaneció en silencio, hasta que Karl le puso la copa en las manos.

—Siéntese —indicó Tikhoro.

—Gracias.

—Puede llamarme Tommy. ¿Sabe quién soy?

—A no dudarlo, el hombre que ha ordenado mi secuestro.

—En efecto. Usted es George Washington Baxter, aunque los amigos le llaman Budd. Es el dueño de la agencia denominada Digest Press y reside en Nueva York, Quinta Avenida. Tiene treinta y dos años, soltero y, a veces, si el caso le merece su intención, actúa como detective privado, pero no por espíritu profesional, sino más bien por

afán de aventura.

—Está usted muy bien informado de mi personalidad, Tommy —dijo el huésped a la fuerza.

—Estoy bien informado de toda persona con cierto interés para mí, lo mismo residentes en Oahu, que visitantes y turistas.

—Y yo tengo interés para usted...

—Porque es el hombre que necesito, aunque debo admitir qué me ha defraudado. Sé, también, que es un maestro en las Artes Marciales. Yo quería haber presenciado una exhibición suya, pero se ha negado a pelear. Dígame los motivos, se lo ruego.

Baxter señaló el enorme televisor que había en un rincón de la estancia.

—Usted me ha visto y oído desde que entré en aquel cubículo. Por lo tanto, no es necesario que repita lo que dije a Khayto.

—Lástima, me hubiera gustado verle pelear... Así tendré que resignarme a dar por buenos los informes tengo sobre usted

—Como guste, Tommy.

—No parece sentirse muy contento en mi casa, Budd.

—Estoy en ella a la fuerza.

—Sí, le comprendo —suspiró el gordo—. Quiero hacer un trato con usted.

—Tommy, aunque no le conozco, empiezo a sospechar que es usted hombre que bordea la ley, constantemente, cuando no la vulnera. Me imagino, también, que es un personaje de importancia en la isla, pero a mí, todo eso me deja frío. He venido a las Hawái para tomarme unas vacaciones y no pienso haber nada que altere mi plan de descanso absoluto.

—En eso se equivoca, amigo mío —dijo Tikhoro, plácidamente —. Voy a encargarle un trabajo, finalizado el cual, recibirá como recompensa la nada desdeñable suma de cincuenta mil dólares Y lo hará, puedo asegurárselo.

—Está equivocado

—No, no lo estoy. ¡Hairy! —gritó Tikhoro, de repente.

El guardaespaldas entró de inmediato en la sala.

— ¿Señor?

—Enciende el televisor. Conéctalo al canal siete, privado.

—Bien, señor.

—Dudd, haga el favor de atender a las imágenes —indicó Tikhoro.

La pantalla se encendió, segundos después. Baxter se quedó sin aliento.

Sidonie Cayburn se hallaba en una habitación semejante a la que él había renunciado a la pelea con Khayto. Estaba completamente desnuda, atada por las muñecas a una anilla encastrada en la pared,

situada a la altura suficiente para que los dedos de sus pies rozasen apenas el suelo, lo que hacía aún más incómoda la postura y, tras ella, un sujeto con cara de pocos amigos, que empuñaba un curioso látigo.

—Los ingleses le llaman el *gato de nueve colas* —dijo Tikhoro, aludiendo a los nueve ramales del látigo, que disponía de un sólido mango de madera—. Además, en cada punta de cada cola, hay una bolita de plomo, cuyo objeto es fácil de adivinar.

—Sí, ya comprendo. Usted pretende que yo le diga que no quiero que ese látigo rasgue la hermosa piel de su prisionera. Ahora yo, caballeroso y galante, diré que haré lo que sea, con tal de evitar el menor daño a esa Brida joven.

— ¿Y… no lo dirá?

—Usted, ¿qué cree?

Los ojillos de Tikhoro se, achicaron más todavía.

—Budd, antes le he admirado. Ahora le compadezco por tonto. Si piensa que, negándose a trabajar para mí, no voy a ordenar que azoten a esa mujer, está muy equivocado. Aparte de que con ello quiero forzarle a aceptar mis órdenes, tengo con ella una cuenta pendiente.

— ¿Qué cuenta? —preguntó Baxter.

—Doscientos cincuenta mil dólares.

— ¡Pero ella no los robó!

—Aún no es muy seguro —contestó Tikhoro—. Y, de todas formas, aunque no lo consiguiera, trató de robarme un dinero que me pertenecía. Yo nunca perdono ciertas cosas, aunque sólo haya sido en intención.

La regordeta mano de Tikhoro alcanzó, de pronto, un micrófono unido a un cable que se perdía en una mesa cercana.

—Budd, le doy cinco segundos, exactamente —dijo con voz chirriante—. Decídase o esa chica morirá.

—Y nadie lo sabrá, porque nadie sabe que está aquí. Otro de sus taxis, ¿verdad?

Tikhoro sonrió ladinamente. Baxter alzó Una mano.

—Tommy, quiero que sepa una cosa. No sé qué va a encargarme que le haga, pero si es algo que repugne a mi conciencia, lo haré y luego vendré a matarle, aunque esté protegido por un batallón de guardaespaldas. Ni todo el Ejército, ni la Armada ni la Fuerza Aérea de los Estados Unidos que hay en la isla, serían suficientes para protegerle de mi venganza.

—Lo que tengo que proponerle no es nada deshonroso para usted —contestó Tikhoro.

—Entonces, suelte a la chica. Quiero ver cómo se marcha de esta casa.

Tikhoro acercó el micrófono a sus labios:

—Dog, suelta a la señorita. Que se vista y que se vaya en el taxi de Osoki.

Baxter guardó silencio durante un buen rato. Se acercó más tarde al ventanal y vio alejarse al taxi, cuya matrícula memorizó en silencio. Al fin, cuando vio que Sidonie estaba en seguridad, se volvió hacia Tikhoro.

—Bien, Tommy; empiece a hablar —dijo—. Soy todo oídos.

Tikhoro tomó un sorbo de su vaso. Luego, lentamente, contestó: i

—Tengo una hija de pocos años y la han secuestrado. Quiero que la rescate, eso es todo.

CAPÍTULO III

Baxter se quedó parado al escuchar aquellas sorprendentes palabras.

— ¿Qué? ¿Acaso no me cree capaz de tener una hija? —chilló Tikhoro.

—Bueno, es que lo que menos me esperaba era una cosa así —respondió Baxter—. Pensé que me encomendaría recobrar el cuarto de millón sustraído...

—Era parte del rescate de la niña. Me han pedido un millón y tengo que entregarlo en cuatro plazos. Son gente muy considerada; saben que podría verme en apuros si consiguiese todo el dinero de golpe, lo cual, como es de suponer, significaría que ellos tampoco iban a tener el dinero. Y yo quiero a mi hija, por encima de todas las cosas. Sólo tiene nueve años, ¿sabe? Esos miserables no han vacilado en recurrir a los más bajos procedimientos. ..

— ¿Está en situación de arrojar la primera piedra, Tommy? —preguntó Baxter, apaciblemente.

El gordo se removió en su asiento.

—Por lo menos, nunca he recurrido al secuestro y menos de niños —contestó, malhumoradamente. —Está bien. Dejémoslo a un lado y dígame, ahora, por qué ha tenido que echar mano de mí.

—No le conocen en la isla, nadie sabe quién es y yo puedo hacer que trabaje para mí, sin que los secuestradores lo sospechen.

—Han podido seguir el taxi que me trajo aquí.

—Lo hubieran seguido, si yo no hubiera hecho las cosas lo mejor posible para evitarlo. Sí, había dos hombres apostados frente al hotel, pero alguien les ha pinchado una de las ruedas de su coche. Cuando han querido cambiarla, ya era tarde.

—Pero eso significa que ellos sabían que usted me iba a traer a su casa.

—No. Hay otro detective de Nueva York en el hotel, bastante conocido por cierto, que está en viaje de navíos. Puede que hayan pensado en que yo le contrataría, puede que no... pero como sea, he querido cubrir absolutamente todas las posibilidades.

—De acuerdo. Y ahora, dígame, ¿quién es el autor del secuestro?

—Eso es lo malo, que no lo sé —gruñó Tikhoro—. La única noticia que tuve de él, fue una llamada telefónica, en la que me anunciaban que tenían a la niña en su poder. Fueron a buscarla al

convento de Santa Teresa. No se sorprenda, también en Hawái hay monjas católicas.

—Y usted, claro, quiere para la niña la mejor educación —sonrió Baxter.

—Claro, hombre. Es mi hija, ¿no?

—Bien, sigamos hablando del asunto. ¿Qué le pidió el secuestrador?

—Un millón, en cuatro plazos. Hoy tenía que haber entregado el primero y alguien lo robó, después de asesinar al mensajero que había traído el dinero de San Francisco. Aquí conseguiré otro cuarto de millón, el tercero en Manila y el cuarto en Sídney, Australia.

—Tiene sus negocios muy repartidos, ¿eh?

—No. Mis negocios están en la isla. Lo que sí tengo repartido es mi capital.

—Para el caso de que las cosas vayan mal, algún día, y tenga necesidad de levantar el vuelo.

—Soy hombre precavido —rezongó Tikhoro—, Vamos, Budd, empiece a trabajar.

Tikhoro alargó una mano hacia la mesa contigua y levantó la tapa de una caja de cigarros, Pero en lugar de sacar uno, tomó un fajo de billetes y lo lanzó hacia su huésped.

—Diez mil, a cuenta —indicó.

—No. Diez mil, para gastos. Los cincuenta mil prometidos, aparte.

Hube un instante de silencio. Los dos hombres se contemplaban recíprocamente, con miradas centelleantes como hojas de espada del mejor acero. Al fin, Tikhoro soltó una risotada.

—De acuerdo, diez mil para gastos. Pero obtenga resultados, Budd.

— ¿Va a matarme si fracaso?

—Usted no fracasará, estoy seguro de ello.

—Confía más en mí, que yo mismo. Oiga, ¿por qué trajo a su casa a la señorita Cayburn?

—Ayer estuvo en su habitación durante un buen rato —contestó Tikhoro sin pestañear.

—Está bien informado, ¿eh?

—La policía les encontró, junios, en la habitación.

—Sí, pero en su servicio de información hay un fallo —dijo Baxter.

— ¿Cuál, por favor?

—Quizá esté mejor dicho que entre sus hombres hay un espía. Yo me imagino que Laskie llegó con la mayor discreción a Honolulú. Sin embargo, alguien supo que había llegado de San Francisco, portador de una importante suma, lo acuchilló y se llevó el dinero.

Baxter se encaminó hacia la puerta. Por encima del hombro, añadió, displicente, como despedida:

—Busque al espía; no me gustaría que comunicase al secuestrador que trabajo para usted.

* * *

Baxter llamó a la puerta y esperó unos segundos. Sidonie apareció ataviada con una espectacular bata coloreada, pero tenía el rostro limpio de todo maquillaje. Baxter vio todavía el miedo en sus hermosos ojos color miosotis.

— ¿Te encuentras mejor? —preguntó, tuteándola.

Ella comprendió en el acto.

— ¿Cómo lo sabes?

—Estuve allí.

—Sin duda, eres amigo del dueño.

—Hice el viaje en otro taxi de la misma compañía, —Comprendo. También te secuestraron.

—Sí. ¿No me ofreces de beber?

Sidonie fue a un pequeño frigorífico instalado en un lugar discreto y lo abrió.

—Cerveza —indicó él.

—He pasado un miedo horrible. Nunca me imaginé que pudieran suceder cosas semejantes... Pero a ti no te vi...

—Había un circuito cerrado de televisión. Tienes una espalda preciosa —sonrió Baxter.

—Déjate de tonterías —dijo ella, irritada—. Me marcho de Honolulú. Ya he encargado el pasaje... —Olvídalo. Te contrato como ayudante.

Sidonie se quedó perpleja.

—No entiendo —dijo.

— ¿No te explicaron nada?

—Lo único que sé es que me llevaron allí, me encerraron en una habitación... Bueno, si lo has visto, es inútil que te lo explique, aunque, de todas maneras, está relacionado, supongo, con el asesinato de Laskie.

—Y el robo de los doscientos cincuenta mil dólares. Sidonie suspiró.

—Lástima no haber ido media hora antes —se lamentó.

—Ese dinero está destinado al rescate de una niña de nueve años.

— ¡Budd! —resopló la joven.

—Como lo oyes. Es la hija de Tikhoro.

Sidonie se sentó de golpe.

—Increíble —dijo—. He oído hablar de ese hombre. Sé que es

una potencia en la isla. Tiene un par de plantaciones de piña, enormes, una fábrica colosal… más otros negocios nada limpios, pero que le rinden aún más que la piña enlatada,

— ¿Quién te lo ha dicho?

—El chófer del taxi mencionó su nombre al regreso. Luego yo he hablado con una de las camareras. Hice que saltase la lengua, con un billete de diez dólares. La camarera me dijo que yo podía ganar mil veces esa cantidad, en pocos meses, si iba al Hoaloa Run. Bueno, no soy una remilgada, pero tampoco tengo vocación de prostituta.

—El Houloa Run es de Tikhoro.

—Sí. El es mestizo de japonés, nativo y europeo. La ruña es hija de una nativa que murió hace algunos años.

— ¡Ah! Sabes que tiene una hija.

Sidonie sonrió.

—Sí, la camarera se ha mostrado muy locuaz y me ha dicho que Tikhoro la quiere con locura. Naturalmente. no ha mencionado el secuestro… pero lo que no comprendo es por qué me soltaron sin pedirme nada a cambio. Pensé que iba a morir azotada y, de repente, me vistieron y me hicieron volver a Honolulú.

—Sidonie, yo soy el autor de tu libertad. Te vi a través de la pantalla. Tikhoro me contrató, contigo como prenda, para obligarme a actuar en este caso.

—Entonces, te debo…

—Me debes una espalda intacta.

—Muy bien, supongo que debo agradecértelo… ¿Por conde empiezo?

Baxter se sentó en un butacón y apuró la cerveza.

—En primer lugar, ¿cómo llegaste a saber que Laskie viajaba con un cuarto de millón?

Sidonie se sonrojó ligeramente.

—Tenía un cajero de Banco, enamorado… y también un poco descontento con su puesto. No es lo suficientemente atrevido para vaciar la caja, pero sabía que Laskie había pedido un cuarto de millón. Me avisó y me anticipé, incluso a Laskie, en un par de días. Mi amigo confirmó el viaje de Laskie por un cablegrama, con un texto convenido de antemano.

—Y tú tenías que recompensarle.

—Al cincuenta por ciento.

—Demasiado. Los riesgos eran sólo para ti.

—Sí, pero acepté el trato. Lo malo es que él no se creerá ahora, que yo no…

—Dejemos, ahora, al cajero. Voy a encomendarte una misión, Sidonie. Lo primero que debes hacer es ir a las oficinas centrales de la Pacific Cab y preguntar por el taxi que te sacó del hotel hoy… ¿a qué

hora?

—Once y media de la mañana.

—Di que te has olvidado algo en el taxi y que quieres ver al conductor. Yo podría hacer lo mismo respecto al mío, pero no quiero levantar sospechas.

— ¿Qué me he olvidado en el taxi?

Baxter se fijó en el reloj de pulsera que llevaba la joven. Era muy bonito y de bastante valor.

—Quítate el reloj y diles que tenía el cierre un poco estropeado —contestó—. Seguramente, llamarán al conductor, por radio. Indícale que vaya a la puerta del Hoaloa Run a las cinco de la tarde.

— ¿Nada más?

—Por ahora, eso es todo.

Baxter se levantó, metió la mano en el interior de la chaqueta, sacó el fajo de billetes que le había dado Tikhoro y contó cuarenta, que puso, doblados, en la mano de la asombrada Sidonie.

—Dos mil dólares, para gastos... y algún trapito que te haga más atractiva todavía de lo que estás —se despidió, con la sonrisa en los labios.

—Oye, ¿eres algún *nabab* que viaja de incógnito? —exclamó Sidonie.

—El *nabab* es un personaje que ya pertenece a la leyenda —rió Baxter, a la vez que abría la puerta del cuarto.

CAPÍTULO IV

Alrededor de las seis de la tarde, Baxter entró en el Houloa Run y se sentó en un taburete, junto a la barra. El local estaba casi vacío. Baxter sabía que hasta las echo o las nueve de la noche no empezaba la animación. Entonces, aparecían las chicas en busca de clientes y se llenaban las mesas. Las atracciones desfilaban por el vasto escenario y el consumo de bebidas se hacía exorbitante.

Una atractiva camarera nativa le sirvió un whisky doble. Baxter lo probó y dijo que era jugo de escarabajos pasados por una batidora. La camarera palideció.

—Le juro que este whisky es legítimo, señor.

—Es más falso que un billete de dólar impreso en una hoja de palmera —contestó el joven, agriamente—. ¿Acaso piensa que no sé distinguir un buen whisky de un poco de agua coloreada, a la que se le ha añadido pimienta y ácido sulfúrico?

La camarera retrocedió. Desapareció al otro lado de puerta, cubierta por una cortina, y, a los pocos segundos, se hizo visible de nuevo, acompañada de un sujeto de rostro poco amable y cuerpo muy fornido.

—Oiga, amigo —dijo el hombre—, ¿qué tiene usted en contra de los licores que servimos aquí?

—Vigilo mi salud, amigo. Cuando quiera suicidarme, pediré otra copa de este infecto brebaje. Ahora, por favor, sírvame un trago de lo bueno.

Las manos del hombre se abrieron y cerraron convulsivamente. Miró a un lado y a otro y luego hizo un gesto con la cabeza.

—Venga a mi despacho —invitó—. Allí tengo un whisky que sólo pueden apreciar los verdaderos entendidos.

—Eso ya es hablar con sentido común —sonrió Baxter. Sacó un billete de cinco dólares, alargó el cuerpo y lo introdujo, enrollado, en el amplio escote de la camarera—. Nena, no quise asustarte —añadió.

— Gracias, señor —dijo la chica, aliviada.

Momentos después, Baxter entraba en un despacho elegantemente amueblado. El hombre dijo:

—Mi nombre es Shaween y soy el gerente. ¿Cómo está, señor...?

—Baxter.

—Encantado, señor Baxter —Shaween alargó la mano derecha y aferró la del joven con unos dedos de enorme fuerza. Inmediatamente,

disparó la izquierda, cerrada, contra la mandíbula de su levantisco cliente.

Pero el golpe sólo encontró el vacío. Baxter, al sentir la presión de los dedos en su mano, había presentido la acción de Shaween y se agachó con fulgurante rapidez.

Un segundo después, se echaba hacia atrás, tirando de su sorprendido adversario, quien volteó aparatosamente en el aire, para acabar tendido de espaldas en el suelo. Shaween se sentó, sacudió la cabeza y miró sorprendido al joven.

— ¡Diablos, sabe pelear, amigo! —exclamó.

Baxter sonrió.

—En realidad, no quiero pelear —dijo—. Sólo que buscaba la forma mejor de entablar contacto con usted, sin llamar la atención.

—No le entiendo —dijo Shaween, desconcertado.

—Su jefe me ha contratado. El asunto de la niña.

— ¡Oh...! No lo sabía. Yo pensé que buscaría a alguien conocido...

— ¿Lo habría hecho usted?

—Me refería a alguien con reputación y, por supuesto, establecido fuera de las islas.

—Sólo se me puede aplicar la segunda cualidad. Lionel —era el nombre del gerente—, ¿qué sabe usted del asunto?

—Se la llevó una mujer, guapa, elegante, vestida discretamente y que se presentó bajo la identidad de señora Eardnell.

—Señora Eardnell —repitió Baxter—. La niña estaba interna... ¿Cómo permitieron las monjas que se la llevase esa mujer?

—Bien, presentó una carta firmada por el jefe... y, además, éste había hablado previamente con la superiora, sor María de lo Consolación. Sor María conoce bien la voz del jefe; ha hablado con él en numerosas ocasiones. Le sorprendió, pero no tenía motivos para dudar ni de la carta ni de lo que le decía el señor Tikhoro, máxime cuando llamó desde su despacho a la casa de Wanaua Valley y recibió la confirmación personal del jefe.

Baxter frunció el ceño.

—De modo que sor María llamó al jefe y éste le contestó, confirmando la autorización escrita que le presentaba la señora Eardnell.

—Así sucedió. La niña fue entregada... y todo lo que supimos después, es decir, los más allegados, es que pedían por ella un millón de dólares. Oiga, ¿no le ha contado eso el jefe?

—Quería oír otra versión —respondió Baxter, llanamente—, Sin embargo, ¿cómo es posible que Tikhoro, con la cantidad de espías que debe de tener, no haya localizado todavía el escondite de la niña?

Shaween se encogió de hombros.

—Parece increíble, pero es así —dijo—. No sabemos dónde está.

—Tikhoro tiene espías entre su personal. El asesinato de Laskie y el robo de los doscientos cincuenta mil dólares lo prueban. ¿Se le ocurre el nombre de algún sospechoso?

—Ninguno. El posible espía, si es que existe, debe de actuar con sumo cuidado. Sabe que no viviría ni veinticuatro horas, después de ser descubierto.

—Hay un espía, Lionel —insistió Baxter—. Empiece a pensar... y cuando sepa algo, llámeme al Luna Azul. Allí me hospedo.

—Está bien.

En el mismo despacho, Baxter se aflojó el nudo de la corbata y se desordenó un poco las ropas y el pelo. Luego sacó un pañuelo y se lo puso ante la boca.

—La gente debe pensar que usted me ha zurrado por insolente —se despidió.

Shaween sonrió, comprensivamente. Baxter abandonó el despacho y salió de aquella forma a la calle. Entonces vio a Sidonie parada en la acera.

Un taxi se detuvo casi en el mismo instante. Baxter tenía aún el pañuelo sobre la cara. La matrícula era la misma que había visto a mediodía. Cuando Sidonie se disponía a abrir la portezuela, él se adelantó y entró rápidamente en el asiento.

— ¡Eh!, yo lo llamé primero... —protestó la joven.

—Entre, guapa, haré que el chófer la lleve donde sea preciso.

—Escuche —intervino el conductor—. Yo sólo he venido para decirle a una señora que en mi coche no hay ningún reloj olvidado.

— ¿Es usted la del reloj, preciosa? —preguntó Baxter, a la vez que guiñaba un ojo a Sidonie y le hacía un brevísimo gesto negativo.

—No, no he perdido ningún reloj —contestó ella.

—Entonces, no nos preocupemos más. Joe, llévame a Strand Bar Road.

—Bien, señor, pero no me llamo Joe. Mi nombre es Pete.

—Muy interesante —sonrió Baxter.

* * *

Un poco más adelante, Baxter dijo:

— Pete, no se te ocurra levantar la mampara de vidrio ni bloquear las puertas, porque te pegaré dos tiros. ¿Está claro?

El taxista se sobresaltó enormemente.

—No entiendo, señor...

—Vamos, no te las des de listo conmigo. Tú llevaste, hoy, a la señorita Cayburn a la residencia particular del señor Tikhoro y la trajiste, también, de regreso al Luna Azul. Eres uno de los hombres de Tikhoro, así que será mejor que nos dejemos de rodeos... y que olvides

tus pensamientos de jugarme una mala pasada. ¿Lo has entendido?

—Es usted, listo, señor, pero le voy a dar un consejo. No se meta con el señor Tikhoro. Puede aplastarle con tanta facilidad como si fuera una mosca.

—A más altos y poderosos que Tikhoro he hecho caer —dijo Baxter, simulando fanfarronería—. Pete, ¿qué me cuentas de Lionel Shaween?

—Es el gerente del Hoaloa Run, señor.

—Y uno de los hombres de confianza de Tikhoro.

—Si no lo fuese, no estaría en ese puesto, señor,

— ¿Es fiel al jefe?

—El que no lo es, no vive para contarlo, señor.

—Deja ya de decir "señor" a cada, paso; me estás poniendo nervioso. ¿Qué sabes del secuestro?

— ¿Qué secuestro, señor?

—Pete, si sigues en este plan, voy a ordenarte salir al campo, y luego haré que te apees y te daré la mayor paliza que has recibido en los días de tu vida. No me digas que no sabes nada del secuestro, porque no te creeré. Es más, apostaría que el único sitio donde no saben una palabra, es en el Departamento de Policía.

Pete soltó una risita.

—El señor Tikhoro prohibió que se dijera nada a los polis —contestó—. Pero eso no le ha servido de nada. La niña no aparece.

— ¿Has oído hablar de la señora Eardnell?

—Todos tenemos su descripción, pero ninguno hemos conseguido verla.

—Es guapa y distinguida...

—Rubia, alta y de expresión amable y atenta. Viste muy modestamente y es educadísima.

—Una mujer con esas cualidades puede teñirse el pelo, ponerse vestidos con mucho escote y pintarse los labios hasta causar daño a la vista. Disfrazarse es fácil, pero hay cosas que, por mucho que se intente, no se pueden ocultar.

—El tipo...

—El tipo se altera mediante postizos en el pecho y en las caderas o aplastando los senos y vistiendo trajes holgados. Pero hay algo que no se puede ocultar.

— ¿Qué es, señor?

—Las manos.

Pete calló un momento.

—Las manos —repitió, al cabo—. No se me había ocurrido, señor.

— ¿Sabes cómo las tenía?

—No, pero puedo preguntarlo...

Baxter se reclinó indolentemente en el asiento.

—Cuando sepas algo, llámame al Luna Azul. Mi nombre es Baxter.

—Bien, señor.

—Ahora, por favor, llévame al convento donde estaba la niña, pero no te detengas. Circula lentamente por las inmediaciones y yo te iré dando instrucciones.

—Sí, señor.

* * *

El convento estaba situado hacia el interior, entre colinas. Las altas tapias impedían ver lo que pasaba al otro lado, en un enorme jardín que rodeaba los diferentes edificios, de los que sobresalía el pequeño campanario de la capilla. Era un lugar realmente idílico, que recordaba mucho a las misiones de California, aunque con el añadido de una gran abundancia de hibiscos y buganvillas, que prestaban al paisaje un encanto singular.

El hechizo quedaba roto por algo tan prosaico como unos postes del tendido eléctrico y telefónico. Baxter fijó la vista, especialmente en los segundos, que eran los que le interesaban.

Más arriba del convento ya no había edificaciones. Baxter hizo que Pete diera la vuelta a unos mil metros, y regresara a marcha lenta. Unos minutos después, cuando ya el convento quedaba atrás, le ordenó detener el coche.

La hilera de postes del teléfono se dirigía hacia las zonas más bajas. Baxter echó a andar hacia el Interior, fuera de la carretera, siguiendo los postes, mientras Pete quedaba junto al taxi. De pronto, se encontró con una vaguada, demasiado ancha para que la línea pudiera ser sostenida solamente por dos postes situados en los bordes. Fuera de la vista, casi en el fondo, había un tercer poste de ayuda y hacia él fueron las miradas del joven.

Descendió lentamente, sin quitar la mirada del suelo, cubierto de vegetación. De pronto, divisó los restos de un cigarrillo, machacado con el tacón. Eran restos recientes, de no más de una semana, dedujo inmediatamente.

También encontró pisadas de hombre. En un trozo algo pendiente, el individuo había hincado los tacones en la tierra para no resbalar. Agachándose, estudió con cuidado las huellas. Los tacones eran de goma gruesa, con dibujo. Faltaba un trozo en una de las pastillas, hacia el exterior del pie derecho. Memorizó la huella y se puso en pie.

Cuando llegó al pie del poste, empezó a mirar con gran atención. Había más colillas de cigarrillos, pero era una marca común, por lo que no podía obtener gran cosa de ello. También podían pertenecer a

algún operario de la compañía de Teléfonos, pero al alzar la cabeza, apreció que los hilos se hallaban en buen estado. No, no había existido la necesidad de una reparación en mucho tiempo.

Sin embargo, las huellas de los picos de escalar aparecían relativamente frescas. El hombre había usado los ganchos que se sujetan a las botas para subir a lo alto de un poste de madera. Los picos habían hecho señales y su color era algo más claro que la madera del poste.

Cuando se disponía a marcharse, vio algo rojo entre la hierba. Se agachó para recoger el objeto y vio que era una tira de fósforos de propaganda de un local, denominado Kitty's. En la tira figuraba, también, la dirección del local. La guardó pensativamente en el bolsillo y regresó a la carretera.

Casi era ya de noche cuando se acomodó en el asiento posterior del taxi. Pete parecía adormilado, con la cabeza parcialmente apoyada en el borde de la ventanilla y tuvo que sacudirle en el hombro para despertarlo.

—Vamos, Pete, es horade regresar.

El chófer se enderezó.

—Bien, señor. Disculpe, me había quedado traspuesto…

—No te preocupes.

El taxi arrancó de inmediato. Baxter se arrellanó en el asiento y encendió un cigarrillo. Apenas medio minuto más tarde, vio que subía la mampara de cristal.

— ¡Pete, por todos los diablos...! —gritó.

Casi en el mismo instante, el conductor abrió la portezuela y se lanzó fuera del vehículo.

CAPÍTULO V

Baxter se dio cuenta de la encerrona que le habían tendido. El hombre, lo habla visto demasiado tarde, no era Pete. Pete estaría en alguna parte, sin conocimiento o tal vez muerto, sorprendido descuidadamente por el sujeto que luego había tornado su puesto. El falso taxista habla sabido hacerlo bien, lanzándose en el punto donde se iniciaba una larga pendiente.

El taxi era de cambio automático. Baxter calculó que el conductor habría dejado la palanca del cambio en el punto muerto. Sin nadie al volante, su suerte estaba sellada.

Las puertas no se podían abrir. Era fuerte, pero ni todas las fuerzas suyas y de Khayto, combinadas, podrían haber hecho saltar unas cerraduras construidas expresamente. Lo único que podía hacer, era prepararse lo mejor posible para el choque.

A cien metros del lugar donde había iniciado el descenso, había una curva hacia la derecha. El terreno continuaba en un talud de cierta pendiente, con mucha vegetación, Baxter vio acercarse el talud y, en el último [1] instante, se tendió boca abajo en el suelo del coche.

El taxi se salió de la carretera, rebotando espantosamente, y acometió la pendiente con terrible furia. Baxter pensó que cuando llegase al final de su recorrido, volcaría, pero no sucedió así.

Después de una serie de espantosos botes, que le parecieron que iban a desencuadernar la carrocería, el taxi se detuvo un instante. Luego inició el consiguiente retroceso.

Baxter continuaba en la misma postura, dispuesto a aguantar hasta que el coche se hubiera detenido por completo. Las ruedas traseras tocaron la carretera, el coche saltó una vez más y por un momento, pareció iba a subir en marcha atrás. Se detuvo por segunda vez y volvió a descender, hasta quedar detenido al pie del talud y fuera de la carretera.

El asesino, pensó, había calculado mal. O quizá no se había atrevido a tirarse, antes, del taxi. Después de la curva, a la que hubiera entrado al menos a sesenta kilómetros por hora, había una recta de casi trescientos metros. Allí era preciso acelerar... y a semejante velocidad, era una locura tirarse del coche, cosa reservada únicamente para los especialistas que doblan a los astros del cine en los rodajes de una película con mucha acción.

El cuerpo, a pesar de todo, le dolía bastante. Los botes que había

dado el coche no eran cosa de broma. De pronto, oyó ruido de pasos.

Eran zapatos con suela de cuero. No, aquél no era el experto en líneas telefónicas.

Aguardó, pero ahora tendido boca arriba, simulando estar inconsciente. Unos segundos más tarde, alguien abrió la portezuela. El falso taxista quería cerciorarse del estado en que había quedado su víctima.

De repente, Baxter disparó los dos pies con todas sus fuerzas, alcanzando al sujeto en pleno rostro, un hombre saltó hacia atrás, con los brazos extendidos, a la vez que emitía un atroz rugido. La pistola que tenía en la mano derecha voló por los aires y cayó al suelo, con metálico sonido.

Baxter salió fuera del coche y se precipitó sobre el caído, pero la punta de un zapato, aguda casi como un puñal, se clavó en su ingle y le hizo retroceder, con el rostro contraído por el dolor. Su atacante se levantó con enorme agilidad y cargó contra él, saltando casi dos metros en el aire, para aplicarle un golpe de *tae-kwondo* o *karate volador,* ahora el pie dirigido a su sien.

Baxter apenas si tuvo tiempo de desviar aquella pierna con el antebrazo izquierdo. Pero el impulso del sujeto lo lanzó de espaldas contra el coche y el dolor de la espalda le cortó la respiración.

El asesino cargó de nuevo. Estaba dispuesto a matarle; se veía en sus ojos, que brillaban en el agonizante crepúsculo, como si fuesen carbones encendidos. Baxter recurrió a un recurso poco común; se echó al suelo y rodó varias veces sobre sí mismo. El canto de una mano golpeó la carrocería y los huesos crujieron siniestramente.

Se oyó un grito de dolor. Baxter se levantó de un salto. El brazo derecho del asesino pendía inerte a un costado. Pero aún disponía del izquierdo y en la mano sana había aparecido el brillo de una navaja.

Debía de ser un tipo ambidextro, al menos para ciertas acciones, supuso Baxter. El asesino avanzó hacia él, moviendo la navaja lentamente, como si tratase de engañarle con sus gestos, tan semejante, en cierto modo, a los de una serpiente disponiéndose a atacar.

De súbito, el asesino se tiró a fondo hacia la izquierda de Baxter. El joven simuló saltar a aquel lado, pero lo hizo en sentido contrario. Entonces, el asesino, en lugar de detenerse, siguió su carrera, se inclinó y, apoyándose en el antebrazo derecho, dio una voltereta sobre sí mismo, levantándose a continuación con la agilidad de un gato.

Baxter no pudo por menos de admirar íntimamente al sujeto, al que la mano lisiada no parecía haber restado agilidad. El hombre se volvió hacia él e inició de nuevo aquella danza, preliminar de un nuevo ataque.

Baxter decidió tomar la iniciativa.

Primero simuló un salto, con los pies hacia adelante. Pero lo hizo sin mucha fuerza, no obstante lo cual, el asesino se echó un poco hacia atrás, a la vez que levantaba la navaja para atajar la pierna que suponía iba a golpearle en la cara. Cuando quiso rectificar el gesto, una mano, con el canto, había golpeado su muñeca armada.

Se oyó un gemido de angustia. Baxter repitió los golpes, ahora que la iniciativa era suya, castigando duramente el cuerpo de su adversario con los filos de sus manos. El asesino, desmoralizado, retrocedió. Súbitamente, dio un enorme salto y se salió de la carretera, para rodar por el talud que había a la derecha y escapar así al implacable acoso de su antagonista.

Baxter oyó crujidos de ramajes De repente, percibió un sonido aterrador de huesos rotos.

Miró hacia abajo. El asesino yacía a cinco o seis metros, con los brazos extendidos y la pierna derecha bajo la izquierda. Su cabeza estaba junte a un pedrusco que sobresalía del suelo. La boca aparecía torcida en una mueca grotesca.

Baxter exploró con la vista, a derecha e izquierda. Por el momento, no pasaba ningún coche. Descendió por el talud y arrojó el cadáver del sujeto al otro lado de unos arbustos.

Volvió a la carretera y entró en el coche. El motor respondió satisfactoriamente a la llave de contacto. Encendió las luces, maniobró y arrancó en dirección al lugar donde Pete se había quedado a esperarle.

Cuando estaba llegando, vio a un hombre haciendo señas en medio de la carretera. Baxter paró el coche a un lado.

—Sube, Pete.

— ¡Señor Baxter! —exclamó el taxista, vivamente sorprendido —, ¡Está vivo... !

—Lo mismo digo yo —sonrió el joven. Esperó .a que Pete se hubiera acomodado en su asiento de la derecha y maniobró para tomar, de nuevo, el camino de la ciudad—. Quiero enseñarte una cosa, Pete —añadió, a poco.

Momentos después, se detenían en el lugar de la pelea. Baxter saltó fuera, dio la vuelta al coche y ayudó *e.* Pete a poner pie en el suelo.

—Apostaría a que te dieron un buen porrazo —sonrió.

—Ni sé siquiera como sucedió. Oí el ruido de un coche que venía de lo alto, ya nos había pasado, antes, uno, pero no sé si era el mismo... El caso es que alguien se apeó y me pidió fuego. El y su amigo se habían olvidado los fósforos... Bueno, lo único que recuerdo es que me desperté a treinta metros dé la carretera, entre unos arbustos... ¿Qué ha sucedido, señor Baxter?

—Tendrás una linterna en la guantera, supongo.

—Sí, señor.

La luz de la linterna iluminó, momentos después, el rostro del atacante. Pete se estremeció.

—Diablos —dijo, a media voz—. ¿Usted?

—Luego te contaré todo... ¿Lo conoces?

—No, nunca lo había visto antes de ahora. ¿Ha registrado sus bolsillos? Quizá consiga algo...

Baxter se inclinó y encontró una billetera con la documentación a nombre de Sam Toyoki.

—Un *nissei* —dijo Pete. Nipoamericano, para que lo entienda.

—Sí, ya veo. No lleva mucho dinero...

—Lo dejaría en su casa. ¿Ha encontrado algo más?

Baxter enseñó una tira de fósforos de color rojo.

—Tenían para encender sus cigarrillos —sonrió—. ¿Conoces el Kitty's, Pete?

—Ya lo creo. Es un local pequeño, pero con mucha clientela siempre. Será por la dueña, supongo.

—¿La conoces?

—Sólo de vista. Kitty Creigham no se trata con taxistas, si no es para viajar en un taxi.

—De modo que se llama Kitty Creigham... Tal vez ella...

—Ni lo sueñe, no es la señora Eardnell. Kitty es muy guapa, pero terriblemente basta y con un lenguaje que haría enrojecer a un sargento de *marines*. Además, tiene unas manos como palas.. Si nunca le han dado una bofetada, procure que no sea Kitty quien le dé la primera.

Baxter se echó a reír.

—Anda, vamos a casa —dijo—. Conduciré hasta la entrada, pero no dejes de ver a un médico de tu confianza.

—Sí, señor.

Cuando ya estaban de nuevo en el taxi, Baxter añadió:

—Recuerda: es preciso enterarse de cómo eran las manos de la señora Eardnell.

—Sí, señor.

—Y tienes que averiguar, también, quién, experto en líneas telefónicas, merodea con frecuencia por el Kitty’s, y además, gasta más dinero del que le permite su sueldo.

—¿Por qué un experto en teléfonos, señor Baxter?

—Sor María de la Consolación sabía, lógicamente, el número de tu jefe, y llamó a su casa para confirmar la carta que le había presentado la señora Eardnell. Alguien interfirió la llamada en un poste que hay a ciento cincuenta metros de la carretera, por medio de un teléfono portátil, imitó la voz de tu jefe y dijo que, en efecto, podía entregar la niña a la señora Eardnell. ¿Lo comprendes, ahora?

—¡Qué astutos! —exclamó Pete, admirado.
—Sí, muy astutos, en efecto —convino Baxter,

* * *

Sidonie le aguardaba en la habitación del hotel y su rostro no tenía nada de amistoso.
—Pensé que no llegarías —dijo, irritada,
—He estado trabajando —respondió Baxter, escueto
—También creí que me encomendarías hacer algo más importante que localizar un taxi...
—Quería sondear a su conductor y no podía hacerlo en tu presencia. Además, mientras pueda, no quiero que Tikhoro sepa que trabajas conmigo.
—Está bien. ¿Tienes algo para mí?
Baxter sonrió, a la vez que se encaminaba hacia el aparador de los licores.
—¿Has oído hablar, alguna vez, de la señora Eardnell? —preguntó.
—No. ¿Quién es?
—La dama .que ejecutó la parte más importante del secuestro; esto es, llevarse a ¡a niña del convento. Me han dicho que es alta, esbelta, muy rubia, distinguida, con habla y gestos muy refinados...
—Sí, la clase de mujer que inspiraría confianza a la superiora.
—Exactamente. Es muy posible que alguien la haya visto. Investiga discretamente. Con toda seguridad, se ha cambiado de aspecto, usa otro nombre. Pero puede que si no se ha hospedado en este hotel, lo haya hecho en otro.
—Ahora debe de estar escondida en alguna parte...
—Mientras planeaban el secuestro, tuvo que alojarse en algún hotel de Honolulú. Investígalo.
—De acuerdo. ¿Qué harás tú, mientras tanto?
Baxter se aflojó la corbata.
—Por el momento, darme un baño. Luego pediré la cena y me meteré en la cama a descansar.
Sidonie le miró maliciosamente.
—¿Por qué no me invitas a cenar contigo? —sugirió.
Baxter la agarró por un brazo y la empujó suave, pero firmemente, hacia la puerta.
—He dicho que quiero descansar —expresó, con la mejor de sus sonrisas.
Y antes de que Sidonie supiera qué le había pasado, se encontró en el pasillo del hotel.
Por un momento, se sintió frustrada. Luego se encogió de hombros.

—Ya caerás —murmuró para sí, a la vez que iniciaba el camino de regreso a su habitación.

CAPÍTULO VI

Durmió toda la noche de un tirón, larga y descansadamente, lo que le hizo sentirse como nuevo, al día siguiente. Iras el desayuno, copioso, y del que no dejó una miga, se equipó convenientemente y tomó el sol un rato en la terraza del hotel, junto a la piscina. Había ya gente, y abundaban las mujeres hermosas, luciendo trajes de baño que eran solamente tres diminutos trozos de tela, y aunque captó más de una mirada descaradamente insinuante, fingió ignorancia y se dedicó a prolongar todavía más el descanso, alternando las sesiones de sol, con las de natación, éstas largas y sin matarse a conseguir velocidad, más bien como una forma de mantener elástica la musculatura.

Luego fue a la playa y practicó el *surf,* cabalgando en una pequeña plancha sobre las olas gigantescas que, en ocasiones, parecían muros líquidos de, impresionante color verde, coronados por la bramadora cenefa de espumas, deshilada por el viento cuando la ola alcanzaba su cota máxima. A mediodía regresó al hotel, almorzó ligeramente y se entregó a las delicias de la siesta.

Permaneció en su habitación hasta las seis y media. Entonces, vestido con un impecable traje blanco y corbata de lazo, de color Burdeos, bajó al salón comedor.

En uno de los ángulos había una gran plataforma para la orquesta, que no actuaba aquella noche. La plataforma estaba a un metro del suelo, lo que hacía necesario el empleo de una amplia escalera de seis peldaños. De repente, una hermosa mujer se sentó ante el piano de cola que formaba parte del instrumental de la orquesta, levantó la tapa y empezó a tocar.

Baxter estaba relativamente cerca y pudo apreciar la belleza de la pianista, una mujer de unos treinta años, singularmente esbelta, de piel blanquísima y pelo intensamente negro, muy bien peinado en dos mitades, que se reunían en un redondo moño, ceñido por una cinta adornada con falsos diamantes. El vestido era de color fucsia, muy intenso, y el escote era una V que llegaba hasta la cintura. La espalda, perfecta, quedaba complemente al descubierto.

Baxter oyó la *Rapsodia en azul,* de Gershwin, interpretada con singular maestría, después de la cual la pianista tocó unas cuantas piezas do música popular francesa y española, cosa que resultaba exótica en aquel ambiente exótico. Luego interpretó algunas canciones de música *folk* americana y, de repente, con un inesperado viraje, pasó

a la música clásica.

Baxter había terminado ya de cenar y subió a la plataforma, apoyándose en una de las esquinas del piano. Ella le miró largamente, con una leve sonrisa en sus labios de exquisito diseño. De pronto, terminó una pieza y Baxter hizo una observación:

—Si me lo permite, señora, diré que ha cometido una ligera equivocación. Es *mi bemol* y no *fa sostenido* en ese pasaje de la *Reverle* de Schumann.

—¿Seguro? —dijo ella.

—Moderadamente seguro, aunque no debe tomarlo como afirmación digna de fe absoluta. No soy pianista, pero me precio de tener buen oído.

—Crítico musical, tal vez.

—No, simplemente, aficionado. Me llamo Baxter.

—Myrna Sage, Encantada, señor Baxter.

—Celebro conocerla, señora Sage. ¿Es usted la pianista del hotel?

—Estoy tratando de conseguir el puesto y decidí dar un concierto por mi cuenta. Pero me siento aterrada al pensar que otros oídos hayan podido captar esa nota falsa.

—No se preocupe, ha sido una interpretación magistral. Ojalá consiga el empleo, señora Sage.

—Mil gracias, señor Baxter.

El joven se alejó, mientras ella volvía a tocar el piano, interpretando, ahora, una *Polonesa* de Chopin. Baxter .permaneció todavía un rato sentado en su mesa, hasta que Myrna dio por terminada su actuación.

Cuando ella descendía de la plataforma, salió a su encuentro.

— Si no le dan el puesto, dígamelo mañana. La distancia es grande... pero en Nueva York tengo un amigo a quien le encantaría incluirla en la nómina de su local.

—Lo tendré en cuenta, aunque confío que su amigo tenga peor oído que usted —sonrió Myrna.

—El error ha carecido de importancia y, me parece que es fácil de corregir, señora Sage.

—Espero que el dueño del hotel no lo haya advertido. Ahora iré a hablar con él y...

—Le deseo mucha suerte, señora Sage.

—Gracias, señor Baxter.

A continuación, el joven se dirigió hacia la salida del hotel. El portero tocó su silbato y un taxi se acercó inmediatamente.

Baxter se acomodó en el asiento posterior.

—Al Kitty's, supongo —dijo el chófer.

—Hola, Pete —exclamó Baxter, agradablemente sorprendido—.

Parece que me esperabas.

—Sabía que, tarde o temprano, acudiría a ese nido de víboras. Además, tengo noticias para usted.

—Bien, empieza cuando gustes.

—Primero, las manos de la señora Eardnell, Sor María de la Consolación dice que son largas, finas, muy delicadas. En la izquierda lleva un anillo bastante grueso, con una cabeza de león, adornada con dos rubíes en lugar de los ojos. El anillo es de plata y parece muy antiguo.

—Sí, hoy día ya no se fabrican esas joyas. ¿Qué más, Pete?

—Su sospechoso puede ser Wendell Holman, operario de la compañía telefónica, uno de los mejores y a quien siempre llaman cuando se produce una avería complicada: Ese tipo juega con los teléfonos, como usted y yo jugaríamos con un tren eléctrico

—Algunos trenes eléctricos son muy complicados —sonrió Baxter.

—Bueno, usted ya me entiende. Holman es capaz de hacer una derivación en una línea y hacer creer al que llama por teléfono que está hablando con la Casa Blanca, pongo por ejemplo.

—Un ejemplo muy bien puesto, si tenemos en cuenta que la superiora llamó a la residencia de Tikhoro y que alguien contestó, haciéndose pasar por éste, pero situado en lo alto del poste donde se había hecho la derivación. ¿Falsifica Holman, también, las voces?

—No. Creo que sería imposible. La suya es muy chillona. Tuvo que hacerlo otro.

—Se lo preguntaremos. Pete: ¿qué sabe del muerto?

—Quizá no han encontrado su cuerpo todavía. Puede que sus compinches, al ver que no regresaba, fueran a buscarlo y lo enterrasen en algún lugar desconocido, como medida de precaución.

—Muy lógico, Pete. ¿Quién es el espía?

—¿Cómo, señor?

—Pete, ayer nos siguió alguien. El señor Tikhoro me contrató, porque yo no soy conocido en las islas. Por lo tanto, alguien debe saber que trabajo para tu jefe.

—Sí, es cierto, pero no se me ocurre ningún nombre. Lo siento.

—No te preocupes, ya aparecerá. Por cierto, ¿es aficionado Holman a frecuentar el Kitty's?

—Sí. Anda loco detrás de una *nissei* de las que trabajan allí, Polly Howato. Estos últimos días ha gastado una suma de dinero superior a lo normal.

Baxter sonrió.

—Estás bien informado —dijo.

—Usted me pidió informes y los he conseguido —respondió el taxista, con sencillez.

—Sí, ya veo. Ahora dime una cosa: ¿tiene enemigos el señor Tikhoro?

Pete soltó una risita.

—Los tiene... pero también los tiene el león y ninguno se atreve a atacarlo —contestó.

—Cuando el león se hace viejo, hasta la cobarde hiena se atreve a atacarlo —dijo Baxter, con acento sentencioso.

—Puede ser que tenga razón —convino el chófer, preocupadamente—, ¡Ah! ya hemos llegado —exclamó, de pronto—, ¿Le aguardo, señor?

Baxter reflexionó unos instantes.

—¿Sabes dónde vive Holman? —preguntó, al cabo.

—Por supuesto.

—Entonces, sí, aguárdame.

—Bien, señor.

* * *

Cuando entró en el Kitty's, Baxter llevaba en el bolsillo la corbata de lazo. Con el cuello de la camisa abierto, su aspecto era mucho menos sofisticado y, en un local de aquellas características, habría llamado demasiado la atención. El Kitty's estaba atestado y abundaban los marineros de la Armada, ansiosos de diversión.

Abriéndose paso con dificultad, consiguió llegar al mostrador. Una hermosa mujer le atendió en el acto.

—¿Qué desea tomar?

Baxter la miró con insolencia. Sí, Kitty era tan atractiva como le había dicho, a pesar de la relativa dureza de sus facciones y de las manos como palas. Pero tenía un cuerpo exuberante y ofrecía el aspecto de ser verdaderamente experta en las artes amatorias.

—Si pudiera expresarlo con toda franqueza, lo diría, aunque alguien lo tomase como una barbaridad —dijo.

—Bueno, suéltelo. Tengo callos en los tímpanos, amigo —rió Kitty.

—Entonces, deseo tomarla a usted.

—Corre mucho, amigo. Eso mismo me lo dicen cien veces al día.

—Y, ¿cuántos aciertan en la diana?

—Ninguno.

—Tienen mala puntería.

—Seguro. ¿Whisky?

—Doble, sin agua, y con un par de cubos de hielo. Después, deme tres impresos y dígame dónde está la oficina de solicitudes.

Kitty arqueó las cejas.

—¿Impresos?, ¿Para qué?

—Cuando uno formula una petición oficial, debe hacerlo por

triplicado, Deme los impresos, les entregaré en su oficina de solicitudes y esperaré mi turno.

Kitty rió alegremente y sus senos rotundos se agitaron al compas de las carcajadas.

—Eres muy bueno, amigo — dijo — ¿Cómo te llamas?

—Budd Baxter.

De San Francisco o San Diego…

—Tu puntería es pésima, Nueva York.

¡Oh, eso está muy lejos! ¿Qué haces aquí?

—Soy .un millonario de incógnito. He venido a comprar la isla de Oahu. La vaciaré de gente, dejando sola mente una persona: tú.

—No tengo alma de Robinson Crusoe.

—Entonces, no compraré la isla. —Baxter levantó la vista—. Salud.

Kitty sonrió,

—Me llaman —se despidió.

Baxter se acomodó en el taburete y paseó la vista por el local. En un pequeño escenario, media docena de músicos nativos interpretaban música hawaiana, pero nadie les hacía caso. Al cabo de un rato, sin embargo, salieron cuatro chicas, ataviadas con faldellines de fibra y collares de flores. Debajo de las flores, los senos jóvenes oscilaban con los movimientos del tradicional *hula-hula.* Sonaron toda dase de ruidos, procedentes de los enardecidos espectadores: silbidos, rugidos, aullidos... Un robusto marinero saltó al escenario y quiso raptar a una de las bailarinas, pero dos sujetos, no menos robustos y, evidentemente, cuidadores del orden, se lo llevaron en volandas, arrojándolo a la calle sin la menor consideración. El marinero, después de rodar unas cuantas veces por tierra, se levantó y quiso volver a entrar. Un puño salió al encuentro de su mandíbula y allí concluyó su belicosidad,

De pronto, una joven se acercó al mostrador,

—Kitty, dame una botella —pidió.

—¿Te marchas, Polly?

—Sí. Wendell y yo nos vamos a celebrarlo, a su apartamento...

—Polly, ten cuidado con ese prójimo. No es de fiar.

—Me quiere —dijo la chica, doloridamente.

—Estos días tiene mucho dinero. El gana un buen sueldo, pero no para derrochar cien y doscientos dólares por noche. Piénsatelo bien.

—Sé lo que me hago. Kitty —respondió la *nissei,* ahora orgullosa.

—Como quieras, pero recuerda, cuando lleguen los malos momentos, que yo te lo advertí.

Polly hizo un gesto de desagrado. Agarró la botella, puso unos

billetes sobre el mostrador y se encaminó hacia la salida, en donde ya la aguardaba un tipo fornido, de mediana estatura y expresión poco simpática, a pesar de la sonrisa que lucía en su rostro.

—Pobre chica —dijo Kitty—. Acabará mal,

—¿Qué le pasa? —preguntó Baxter, con aire indiferente.

—Ese hijo de perra... Seguramente, la está haciendo creer que se va a casar con ella. Cuando se canse, la lanzará a un lado, como un pañuelo de papel usado.

—Sí, hay tipos con una falta total de conciencia. —Baxter miró críticamente el espléndido escote de Kitty—. Yo no haría eso, nunca —añadió.

—¿Te casarías con una mujer si se lo propusieras y ella aceptase?

—No. Nunca le pedirla que se casara conmigo.

Kitty volvió a reír. Era una risa franca, espontánea.

—Empiezas a gustarme —dijo.

—Gracias. Volveré otro día y... ¿a quién entrego la solicitud por triplicado?

—Entrégamela a mí, personalmente. Prometo que la estudiaré detenidamente.

—De acuerdo. Buenas noches, Kitty.

—Buenas noches, Budd.

Baxter salió a la calle. Un taxi se acercó de inmediato,

—Holman se ha ido ya con su *nissei* —dijo Baxter, al acomodarse en el asiento posterior—. Lástima, no pude anticiparme a él.

—¿Para estar ya en su casa, cuando regrese? —supuso Pete.

—Sí.

—Entonces, no se preocupe. Antes de ir a su casa, Holman piensa visitar a un amigo, en el Firebird. Tony se enterará del nombre del amigo.

—¿Quién es Tony, Pete?

—Yo llevé a la señorita Cayburn á casa del jefe. Tony Osoki le llevo a usted —contestó Pete, con una sonrisa.

Baxter sonrió también, Pete, efectivamente, era un impagable colaborador, pero, al misino tiempo, tenía la seguridad de que también informaba a Tikhoro de cada uno de sus pasos. Y aunque la perspectiva no le agradaba demasiado, se daba cuenta, claramente, de que no tenía otro remedio que aceptarlo con resignación.

CAPÍTULO VII

Sonaron pasos en el corredor, Baxter apagó la luz y se situó en el rincón más alejado de la puerta. Segundos después, oyó el ruido de la llave en la cerradura, Una mano tanteó la pared, encontró, al fin, el interruptor y las sombras se disiparon.

Holman entró, sosteniendo a Polly por la cintura. La *nissei* estaba completamente embriagada y murmuraba palabras ininteligibles, a la vez que reía incoherentemente. "Sí que la ha pillado buena", pensó Baxter.

Oculto tras un sillón, dejó pasar a la pareja hacia el dormitorio. Oyó crujidos de muelles y, a los pocos segundos, vio regresar a Holman.

El sujeto se acercó a! teléfono, marcó una cifra y aguardó algunos segundos. Luego, Baxter le oyó:

—¿Eres tú, Tainio? Soy Wendell. . Puedes venir cuando quieras; estoy aguardándote... —De pronto, Holman lanzó una espantosa maldición—, ¿Que no puedes venir? Tainio, por todos los diablos, después de que la he emborrachado... Ahora no es más que una masa de carne y yo me pierdo la noche.,. Escúchame con atención: te doy hasta mañana de plazo. Si no accedes a lo que te he pedido, empieza ya a imaginarte lo que te puede pasar.

El teléfono se estrello violentamente contra la horquilla. Holman sacó a continuación un cigarrillo y lo encendió con dedos temblorosos de rabia. Después de lanzar una bocanada de humo, se volvió un poco y entonces fue cuando se dio cuenta de que tenía un visitante inesperado.

—¿Qué diablos hace en mi casa? —rugió, coléricamente.

Baxter sonrió, a la vez que alzaba una pesada bota con la mano derecha.

—Encontré señales de esta bota, impresas en ¡a tierra, no lejos del noveno poste de teléfonos, a partir del convento de Santa Teresa —dijo.

Holman se puso pálido.

—Tuve que revisar la línea...

—Esa línea funciona perfectamente. Nadie ha dado un aviso de avería en muchos meses.

—¿Quién diablos es usted? ¿Por qué le interesa tanto mi calzado de trabajo?

—Por el hombre que lo usó para trepar a lo alto del poste, después de que usted estableciese la derivación que evitaría que una llamada dirigida a Tommy Tikhoro siguiese su curso norma!. Su voz es muy chillona y no puede, en absoluto, compararse ni imitar a la de Tikhoro. Dígame el nombre de ese individuo y olvidaré que ha tenido que ver con el asunto.

Holman estaba sudando

—Oiga, yo no sé nada —dijo—. Admito que hice mal… pero me pagaron una buena suma y, ¡qué diablos!, el sueldo no es demasiado alto…

—El sueldo nunca es demasiado alto, cuando todas las noches se dejan algunos cientos de dólares en el Kitty's y otros sitios parecidos. Puede que usted no estuviese al corriente de lo que iban a hacer los otros, pero, al menos, si podrá darme algún nombre.

—Seguramente, serán falsos…

—¿Quién es Tainio?

—Me debe dinero —contestó Holman, hoscamente.

—Y tenía que venir aquí.

—Sí. Hice que mi novia se emborrachase… y ahora, ya lo ve, ni lo uno ni lo otro.

—Usted no trepó a lo alto del poste, salvo para colocar la derivación. ¿Verdad?

—Tuve que entrenar al tipo —rezongó Holman—. Dijo que él hablaría y…

—Descríbalo.

—Bueno, es un nativo y a mí todos me parecen iguales: pelo negro, cara aceitunada, ojos oblicuos…

—Hay nativos altos y bajos, gruesos y delgados, muchos usan bigote, los hay jóvenes y viejos, sanos y con defectos físicos… Vamos, Holman, usted lleva años en las islas, para no saber diferenciar a un hawaiano de otro.

—Tiene unos cuarenta años y la cara muy redonda. El párpado izquierdo está caído. Mide un metro setenta y debe de pesar setenta y cinco kilos.

—¿Es el que subió a lo alto del poste?

—No. Ese era europeo, algo mayor que usted. Pelo castaño, ojos oscuros, un metro ochenta y cinco y muy fornido. Se llama, dijo llamarse, Jones. El otro… me contrató.

—Es Tainio —adivinó Baxter.

—Sí.

—Y habían quedado de acuerdo esto noche para… ¿otro trato?

Holman asintió de mala gana.

—¿Qué trato? —preguntó Baxter.

—Alguna derivación, supongo. Oiga, si supiera la cantidad de derivaciones ilegales que se hacen…

—No serán tantas —sonrió Baxter—. ¿Sabe dónde vive Tainio?

—No. Siempre nos vemos fuera o viene él a mi casa. Yo sólo conozco un número de teléfono…

—Démelo.

Baxter lo anotó en su agenda, que guardó de nuevo. Luego

sonrió.

—Holman, ¿ha oído hablar de Tikhoro? —preguntó.

—Ya lo creo. Algunos lo llaman el rey de las islas...

—Yo trabajo para Tikhoro. Si sabe lo que esto quiere decir y me ha dicho alguna mentira, aún está a punto de rectificar.

Holman se puso lívido.

—¡Diablos! —mascculló—. Eso no me lo habían dicho. 52 —

Ni siquiera mencionaron una sola vez el nombre de Tikhoro.

—Pero usted, cuando hizo la derivación, tenía que saber a la fuerza que se trataba de Tikhoro —alegó Baxter.

—No. Me dieron solamente un número de teléfono, diciéndome que alguien haría una llamada y que yo tenía que preparar la derivación, para que sonase ese teléfono. De todo lo demás, no estoy enterado en absoluto.

Baxter asintió. Sí, probablemente, Holman decía la verdad. Alguien, al planear el secuestro, había buscado a un experto en líneas telefónicas. Sólo tenían que indicarle la tarea y pagarle, pero sin necesidad de decirle la verdad.

—Oiga, si usted conoce a Tikhoro, dígale que yo no sabía nada —suplicó Holman—. De haber sabido que se trataba de algún enemigo suyo, yo me habría quedado quieto...

De súbito, se oyó un leve chasquido. Holman saltó, lateralmente primero, y luego giró a un lado. Baxter volvió la cabeza, para lanzarse al suelo una fracción de segundo después.

La puerta se había abierto sin ruido, mientras conversaban. Lo único que pudo ver fue una mano enguantada, que empuñaba una pistola con silenciador.

La pistola hizo fuego tres veces más. Holman se tambaleó a medida que las balas penetraban en su cuerpo. Luego, giró completamente sobre sí mismo, cayó contra la pared y resbaló lentamente, hasta quedar hecho un ovillo en el suelo. La sangre empezó a encharcarse a su alrededor.

Los disparos no habían hecho apenas ruido. El asesino cerró la puerta. Baxter, prudente, no intentó seguirle siquiera. Hubiera sido una locura.

Cinco minutos más tarde, se arriesgó a asomar la cabeza al pasillo y lo encontró desierto. Antes de haber transcurrido otro minuto, ya estaba en el taxi de Pete.

—¿Ha resultado fructífera la entrevista? —preguntó Pete.

—Mucho, pero… dime, ¿ha salido alguien de la casa, hace unos cinco o seis minutos?

—No, señor. Hay otra puerta en la parte posterior...

Baxter encendió un cigarrillo.

—Polly se va a llevar el gran susto, mañana por la mañana,

cuando despierte y se encuentre a su admirador con cuatro balas en el cuerpo —dijo.

* * *

Baxter abrió la puerta de su dormitorio y encontró a Sidonie sentada en un diván, con las piernas cruzadas y un cigarrillo en su mano derecha. El cigarrillo temblaba perceptiblemente y ella aparecía con una expresión muy rara en su rostro, más blanco de lo ordinario.

—¡Hola, guapa! —saludó, con aire intrascendente—. He tardado mucho, ¿verdad?

Sidonie movió los ojos hacia su izquierda, sin que hiciera ver su intención de moverse del diván. Baxter parpadeó un segundo y luego, comprendiendo, sonrió.

—Perdona un momento, querida —dijo—. Voy a lavarme las manos; en seguida estoy contigo.

Cruzó la sala y puso la mano en el pomo de la puerta del baño. De súbito, empujó con todas sus fuerzas.

Al otro lado, alguien emitió un rugido de dolor. Baxter entró de un salto, giró a su derecha y, con la mano izquierda, agarró la muñeca que tenía una pistola. Con la derecha, agarró un puñado de pelo castaño y tiró hacia sí, con todas sus fuerzas, Al bajar la cabeza, la nariz del intruso chocó contra su frente.

La pistola cayó al suelo. Baxter soltó al intruso, un instante. Luego, con los filos de ambas manos, golpeó la base del cuello del sujeto, quien se desplomó instantáneamente.

Acto seguido, lo agarró por el cuello de la chaqueta y lo sacó a rastras del baño. Sidonie se había puesto en pie y le miraba con ojos de pasmo.

—He pasado un miedo terrible... —confesó.

—Será mejor que tomes un buen trago —aconsejó él sonriendo —. ¿Cómo te dejaste sorprender?

—Bueno, había decidido esperarte... Ese hombre entró sin llamar y se sorprendió muchísimo al verme. Luego, de pronto, sacó una pistola y dijo que te esperaríamos juntos. Cuando notó que llegabas, se metió en el baño y aseguró que me volaría la cabeza si decía algo para avisarte de su presencia.

—Debiera haberte tapado los ojos y evitar que fumases. La mano te temblaba demasiado.

—No quería que te hiciera daño —alegó Sidonie, ya con la copa en camino hacia los labios.

—Gracias, hermosa; me has salvado de un grave apuro y lo tendré en cuenta. ¿Qué tiempo llevaba aquí ese tipo?

—Una hora, aproximadamente.

Baxter hizo un rápido cálculo y llegó a la conclusión de que no

podía ser el asesino de Holman.

—¿Dijo algo sobre los motivos de su estancia en mi dormitorio?

—No. En todo el tiempo no despegó los labios, salvo a su llegada y cuando tú ibas a entrar.

Baxter se arrodilló junto al sujeto. Por la descripción que le había dado Holman, debía de ser Jones. Tainio era un nativo, lo que le descartaba en el acto.

Registró sus bolsillos. La documentación figuraba a nombre de Allan Kellitoe. Baxter encontró, también, la copia de un contrato para actuar como ventrílocuo en un local de recreo.

—No debe de ser de los buenos o no se habría mezclado con esta pandilla de criminales —murmuró.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sidonie.

—Cuando la superiora del convento llamó a Tikhoro, alguien había hecho una derivación en la línea. Un individuo imitó la voz de Tikhoro, que sor María de la Consolación conocía perfectamente. Aquí tiene al imitador.

—¡Ah! ahora ya comprendo...

—Y, cuando despierte —sonrió Baxter—, le preguntaremos quién es el cerebro del secuestro.

Miró a la joven.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

Sidonie suspiró largamente.

—Sí —contestó—. Budd, no he podido dar con la secuestradora.

—Es lo mismo, no te preocupes. Ya aparecerá.

Kellitoe empezó a rebullir. Baxter fue al baño, llenó un vaso con agua del lavabo y regresó junto al ventrílocuo. El agua en el rostro acabó de volverle a la conciencia y se sentó en el suelo.

—¿Va a denunciarme a la policía? —preguntó, desafiador.

—No.

—Entonces, déjeme marchar.

—Con una condición —dijo Baxter.

—Ninguna condición —replicó Kellitoe, desafiadoramente.

Baxter lanzó una mirada hacia la terraza. De pronto, hizo un gesto con la mano.

—Levántese.

Kellitoe se puso en pie. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que les sucedía, Baxter había colocado su brazo derecho a la espalda, retorciéndoselo con fuerza. La mano izquierda fue usada para agarrar los cabellos del sujeto y empujarlo, así, hacia la terraza. Luego, hizo la presión suficiente para que medio cuerpo de Kellitoe saliera fuera de la barandilla.

—Hay nueve pisos —dijo, a media voz—. Si empujo un poco más, te harás pedazos contra el suelo.

—¡No, por el amor de Dios! —clamó el sujeto—. No haga eso...

—Entonces, dime dónde está la niña.

—¿Qué niña?

—Se lo diré de otro modo. ¿Dónde está la señora Eardnell?

—¡Ah, conque era eso...! Bien, suélteme y se lo diré.

—Está loco —rió Baxter, a la vez que empujaba de nuevo—. Hable o prepárese para emprender el vuelo.

—De acuerdo —jadeó Kellitoe—. Ella se aloja en el Hibiscus.

—Con un nombre supuesto, me imagino.

—¡Oh, no, con el suyo! Se llama Lynne Eardnell.

Baxter se sintió desconcertado, por un momento. Luego soltó a su prisionero.

—Sidonie, llama a la policía —indicó Baxter.

—Sí, Budd; ahora mismo.

—¡Eh, oiga, usted me prometió..,!

Baxter se echó a reír.

—¿Me tomas tan tonto como para dejarte suelto y que vayas con el cuento a la señora Eardnell? Te acusarán de robo y tenencia ilegal de armas... y por contento podrás darte, poique así seguirás vivo.

CAPÍTULO VIII

Baxter y Sidonie desayunaron juntos a la mañana siguiente en el comedor del hotel. Ella se quejó:

—No parece que me encargues nada importante.

—¡Ah!,., ¿tienes ganas de movimiento?

—Bueno, algo he de hacer... si quiero ganar el dinero suficiente para, al menos, pagarme el pasaje de vuelta a San Francisco.

Baxter la miró de hito en hito.

—Sidonie, ¿qué eres? —preguntó.

—Una ladrona —contestó ella, sin pestañear.

—¿Se da bien el oficio?

—No puedo quejarme. Pero he fallado en el golpe más importante.

—El del cuarto de millón.

—Sí. Hasta ahora no he conseguido ningún botín de importancia,.. ¡Oh, no puedo quejarme! Vivo, y no es poco,

—Pero no te sientes a gusto con el oficio.

—Podría trabajar en otro más productivo y seguro... pero no quiero.

—¿Cuál es el otro oficio?

— Imagínatelo, tonto.

—¡Oh, dispensa...! ¿Lo has intentado?

—Lo han intentado, que no es lo mismo. Simplemente, no me gusta.

—Para ser "rata de hotel" se necesitan cualidades: sangre fría, habilidad, fortaleza muscular, agilidad...

—He sido campeona universitaria de gimnasia y fui propuesta para la última Olimpiada —contestó Sidonie, orgullosamente.

—Además, intelectual.

—Podría ejercer como profesora de Literatura Inglesa en algún colegio secundario, pero sé que no me amoldaría a una vida rutinaria,

—La vida rutinaria, aunque no te guste, proporciona muchas satisfacciones. Las aventuras no salen siempre como uno se imagina.

—Soy muy inquieta, Budd.

—Sí, cuando llevas tiempo en un sitio, los pies te hormiguean y tienes que cambiar de aires. Quizá, cuando el tiempo pase, te encuentres muy sola.

—Tal vez —respondió ella, con despego—. En todo caso, es cosa

mía.

—Desde luego. Sidonie; cuando hayamos terminado, quiero que hagas una cosa.

— ¿De qué se trata?

—Alquila un taxi y ve al convento de Santa Teresa. Habla con la madre superiora. Quiero conocer tu opinión sobre la señora Eardnell.

—Pero ya sabes cómo es... Incluso conoces su paradero.

—Me interesa ese dato, Sidonie —insistió él.

—De acuerdo, aunque puede que sor María de la Consolación se niegue a verme.

—Cuando llegues al convento, Tikhoro ya habrá hablado con ella —aseguro Baxter.

—¿Qué harás tú, mientras tanto?

—¡Ah! Soy el jefe y al jefe no se le hacen nunca preguntas indiscretas.

Sidonie lanzó un bufido y se puso en pie. Unas mesas más allá, estaba Myrna Sage. Baxter la dirigió un cortés saludo, al que ella contesté con una graciosa inclinación de cabeza. Entendiendo que era una forma tácita de permitir la aproximación, Baxter se acercó a la mesa ocupada por Myrna.

—Es probable que tenga buenas noticias que darme, señora Sage —comentó.

—Todavía no —respondió ella—. El propietario del hotel quiere que dé un par de conciertos más, a fin de estudiar la reacción de la clientela. Me los pagará bien, aunque ello no significa la concesión de un empleo estable.

—Tiene usted muy mala suerte; yo no soy el dueño del hotel.

Myrna rió deliciosamente.

—Sabe usted elogiar a las personas, sin palabras empalagosas —dijo—, Gracias, de todos modos, señor Baxter.

—He tenido un gran placer, señora Sage.

Cuando salió del hotel, el inevitable Pete aguardaba con su taxi dispuesto.

—¿Adonde ahora, jefe? —preguntó.

—El jefe es Tikhoro —sonrió Baxter.

—Bueno, era una forma de hablar... Oiga, los periódicos mencionan mucho a Holman.

—Lógico, ¿no?

—Pobre hombre. No debió haberse metido en un asunto de esta clase.

—Se engañó a sí mismo —dijo Baxter—. Debió de pedir más... Llevaba un tren de vida que precisaba de más dinero que el que ganaba. Bien se dice que la avaricia rompe el saco... Pete, ¿quién es Tainio?

—Tainio, Tainio... —repitió el taxista, pensativamente—. Me suena, pero no acabo de recordar...

—Cuando puedas decirme algo búscame inmediatamente.

—Sí, señor. Si me lo permite, le diré que aún no me ha indicado adonde he de llevarlo.

—¡Oh, es verdad...! ¿Conoces el Hibiscus?

—Por supuesto. ¿Quién está allí?

Baxter se echó a reír.

—Tienes que informar a Tikhoro de todos mis pasos, ¿verdad?

—Hombre, usted verá...

—Bien, me han dicho que la secuestradora se aloja en ese hotel.

Pete silbó.

—Al jefe le va a gustar mucho —dijo.

—Muy bien, pero no le digas nada, hasta que yo haya hablado con la señora Eardnell.

—De acuerdo.

Diez minutos más tarde, el taxi se detenía ante el Hibiscus, un hotel de inferior categoría al Luna Azul, aunque de aspecto elegante y atractivo. Baxter entró en el vestíbulo y se dirigió inmediatamente a la recepción.

—Buenos días. Deseo hablar con la señora Eardnell —expresó.

El empleado acercó su mano al teléfono.

—Por favor, ¿qué nombre debo dar? —solicitó.

—Baxter.

—Bien, señor.

Unos segundos después, el recepcionista devolvía el teléfono a la horquilla.

—Habitación 312, señor —informó.

—Muchas gracias.

El ascensor le llevó hasta la tercera planta. Una vez tuera, recorrió el pasillo espesamente alfombrado hasta llegar a la puerta señalada con el número 312 en gruesas cifras doradas.

Tocó con los nudillos. Al otro lado una voz ronca dio permiso para que pasara.

Baxter abrió.

—¿Señora Eardnell?

—Sí, yo misma —contestó la mujer.

Baxter se quedó estupefacto. Las manos de la señora Eardnell eran gruesas y aparecían cargadas de anillos y sortijas de bisutería. En la izquierda sostenía un grueso habano humeante. La bata que llevaba puesta se abombaba en el pecho, debido a sus enormes senos, que cuadraban perfectamente con sus inmensas caderas. Los ojos, levemente achinados, desaparecían casi bajo los párpados cargados de grasa.

—¿E… es usted, de veras, la señora Eardnell? —preguntó, titubeante, pasados algunos segundos.

—Desde que me casé con James William Eardnell, felizmente fallecido, joven —contestó aquella voluminosa mujer—, ¿Por qué quiere saberlo, muchacho?

—Bueno, temo haberme equivocado, Dispénseme, señora; ha sido un error, un enorme error… Buenos días, señora,

—¡Pero, oiga, no tenga tanta prisa* —exclamó ella—. Aún no hemos hablado, señor Baxter.

—Es que, después de haberla tasto, ya no tenemos nada que hablar, señora.

—Vaya —resopló la mujer—. Es lo más pintoresco que me ha ocurrido en mi vida. Primero pregunta por mí y luego dice que no le intereso. ¿Está loco, joven?

Baxter emitió una sonrisa de circunstancias.

—No, pero puede que acabe perdiendo la razón —le contestó—. Discúlpeme, señera Eardnell,

Cerró la puerta y escapó en busca del ascensor. Pensó furiosamente en Kellitoe. Le habla engañado miserablemente y lo peor era que no podía ir en su busca para darle unos cuantos mamporros.

Claro que, a fin de cuentas, había dicho que Lynne Eardnell se alojaba en el Hibiscus y eso si era cierto. Pero aquella mujer no era la misma que habla ido al convento a llevarse a la hija de Tikhoro.

Alguien había usarlo su nombre, era evidente. ¿Quién?

De todas maneras, quiso cerciorarse antes de abandonar el hotel y se acercó al mostrador de recepción,

—Oiga, la dama que ocupa el trescientos doce, ¿es de veras la señora Eardnell?

El recepcionista le miro con aíre de ofendida dignidad.

—Caballero, conozco a la señora Eardnell desde hace años —contestó, glacialmente.

Baxter sonrió, a la vez que se llevaba un índice a la sien.

—Gracias, es todo lo que quería saber —respondió.

Pete aguardaba en la puerta, apoyado flemáticamente en el guardabarros delantero de su taxi. Al verle salir, corrió a abrir la portezuela posterior.

—Ya sé quién es Tainio y dónde vive —dijo, después de poner en marcha el vehículo.

—Espléndido, Pete. Eres impagable —exclamó Baxter.

—El nombre completo es Jake Tainio. Sé dónde vive y le llevaré a su casa, pero voy a hacerle una advertencia.

—Adelante, Pete.

—Tainio es un luchador formidable, experto en judo, karate y todas esas cosas. Años atrás, se exhibía en combates profesionales.

Luego adoptó otra profesión.

—Por ejemplo...

—Asesino profesional.

—Muy lucrativa, Pete.

—A veces, se encuentra un cadáver con el cuello roto. Ha sufrido una caída, ¿comprende?

—Sí, cayó en manos de Tainio.

—También rompe brazos y piernas, cuando se lo ordenan.

—¿Quién, Pete?

—El que desea que algún enemigo suyo esté fuera de la circulación durante un tiempo, sin comprometerse con un asesinato. Por quinientos dólares, Tainio rompería un brazo a la persona que usted desee.

—Magnífico. Los marides casado con esposas infieles deben de ser clientes asiduos de Tainio, ¿verdad?

Pete lanzó una estruendosa carcajada.

—Pues, la verdad, no había dado en ello, pero no me extrañaría que Tainio se hubiese ocupado, alguna vez, en dar una lección a un amante importuno.

—Sí, seguramente. Pete, dime, ¿de dónde has conseguido tantos informes?

—¡Oh, llamé al jefe! —contestó el chófer con toda naturalidad —. Lo que pasa es que el jefe no se había imaginado, siquiera, que Tainio estuviese mezclado en el asunto. Y, a propósito, ¿qué tal la entrevista con la señora Eardnell?

—No es ella, Pete —dijo Baxter, tristemente.

Un cuarto de hora más tarde, Pete detenía su coche delante de un grupo de apartamentos; pequeños bloques con seis viviendas cada uno, situados entre frondosos jardines, con abundancia de palmeras.

— Número catorce A —indicó Pete.

—Gracias.

—Le espero, jefe.

—Está bien.

Baxter atravesó los jardines y fue leyendo la numeración de los distintos bloques. El 14-A estaba en un primer piso y daba a un largo balcón corrido, con marquesina protectora. Era la última puerta, y se detuvo ante ella en pocos segundos.

Llamó con los nudillos. Alguien dijo:

—¡Está abierto! ¡Pase!

Baxter abrió la puerta. Al fondo, sentado en el brazo de un sillón, había un hombre de rostro redondo, que sonreía plácidamente, mientras jugueteaba con una navaja automática.

—Le estaba aguardando, Baxter —dijo.

Baxter entró y cerró la puerta.

—Piensa matarme, Tainio —adivinó.
—Sí —confirmó el sujeto, sin dejar de sonreír.

CAPÍTULO IX

Después de una pausa, Baxter volvió a hablar:

—Supongo que no les interesa que encuentre a la niña.

—No, no nos interesa —confirmó Tainio.

—Claro, hay un millón en juego. Oiga, puesto que me va a matar, no le importará satisfacer mi curiosidad.

—Pregunte lo que quiera, Baxter.

—¿Mató usted a Laskie?

Tainio sonrió.

—Usted, ¿qué cree?

—Pues... simplemente, una muerte incomprensible. Si Tikhoro pensaba entregarles ese dinero, ¿para qué asesinar al mensajero que lo traía desde San Francisco?

—Entraba en nuestros planes y era una advertencia a Tikhoro, para que no intentase jugar sucio.

—Eso significa que sólo les debe setecientos cincuenta mil.

—No. Nos debe un millón. Los doscientos cincuenta mil de Laskie son una especie de multa, por haber quebrantado la palabra que nos dio, de no hacer nada para rescatar a la niña, hasta que hubiéramos conseguido el millón.

—¡Oh, imponen multas y todo! —dijo Baxter, irónicamente.

—Son castigos soportables. El que recibe uno de esos castigos, sigue vivo.

—Luego hay castigos más severos.

—Sí.

—Per ejemplo... la muerte de Holman.

—Era un elemento que ya había dejado de ser útil y se había convertido en una molestia.

—Como yo.

—Usted será la segunda y última advertencia para

Tikhoro,

Baxter apoyó el codo derecho en la mano izquierda y puso su barbilla sobre la otra mano, con gesto claramente pensativo.

—Me pregunto qué tal lo catará pasando la niña —dijo.

—¡Oh, no se preocupe! Para ella son una especie de vacaciones extra.

—En algún sitio, cuya ubicación, naturalmente, no me va a revelar,

—Puede figurárselo, Baxter.

—Hay una duda que me corroe el ánimo. ¿Quién está con la niña?

—No so moleste, no pienso decírselo…

—Es que usted acaba de decir algo que ha llamado profundamente mi atención, Tainio. La niña disfruta, ahora, de unas vacaciones extra. Eso significa que debe de estar en algún lugar cómodo, alegre… y con una persona a la que conozca, a fin de no extrañar su situación.

—Así os.

—No sabe cuánto me alegro de su respuesta. ¿Sabe?, eso acaba de darme una pista.

Tainio soltó una risita.

—No le servirá de nada —dijo.

—¿Por qué?

—Antes hablé de castigos más severos que una simple multa.

—¡Ah, sí; es cierto! ¿Cuál es ese castigo?

Los ojos de Tainio centellearon súbitamente.

—¡La muerte! —exclamó.

Su mano se movió con fulgurante gesto y la navaja partid como un relámpago de acero. Baxter se llevó amabas manos al pecho, a la vez que en su rostro aparecía una expresión de vivo dolor, dio un paso, giró lentamente en redondo y cayó de espaldas al suelo.

* * *

Después del ruido sordo da la caída, hubo unos instantes de silencio. Baxter yacía boca arriba, con los pies hacia la entrada. La navaja asomaba por su pecho.

Tainio se levantó y caminó hacía el caído. Cuando tenía sus pies a un palmo de los hombros de Baxter, dos manos aferraron súbitamente las corvas de sus piernas.

Tainio lanzó un rugido de rabia, al darse cuenta del engaño. Pero Baxter ya tenía dos puntos de apoyo y le sirvieron para, con un impulso increíblemente ágil, girar enteramente hacia arriba, en una fantástica contorsión. Sus pies golpearon el rostro de Tainio, lanzándolo hacia atrás con indescriptible violencia.

Un segundo después. Baxter se ponía en pie y arrancaba la navaja de su pecho. Tainio, recuperado en parte estaba aún a gatas en el suelo y le miraba con ojos desorbitados por el asombro.

Baxter sonrió, a la vez que se tacaba el pecho con la mano izquierda.

—Robar una guía telefónica es un acto incívico, pero permite salvar la vida —dijo, alegremente.

Tainio emitió una colérica maldición y se puso en pie. Cuando

daba un paso hacia adelante, Baxter lanzó la navaja. El nativo saltó a un lado, para evitar que el acero le traspasara el pie. Ello le hizo perder la iniciativa. Baxter se arrojó sobre él y lo agarró por los hombros, echándose hacia atrás en el acto. Metió los pies y Tainio salió despedido por les aires

Cayó al suelo de espaldas con tremendo golpazo, pero se incorporó, ágil como un gato. Cuando giraba en redondo, el pie derecho de Baxter, que había saltado en el aire y estirado la pierna, le alcanzó en plena mandíbula, derribándolo nuevamente de espaldas.

Tainio bramaba de ira, al darse cuenta que, hasta el momento, no había hecho más que recibir, sin poder asestar un solo golpe. Volvió a levantarse y una mano que parecía de piedra, le castigó el lado izquierdo del cuello, haciéndolo tambalearse con los ojos vidriados. Un puño golpeó su plexo solar y tuvo que inclinarse, emitiendo un quejido de agonía. El final con un puñetazo a la nuca que lo dejó casi inconsciente en el suelo.

Pasaron algunos segundos. Tainio empezó a rebullir. Baxter lo vigilaba atentamente y vio que hurgaba en uno de sus bolsillos. No había bulto suficiente para una pistola y supuso que debía de tratarse de otra clase de arma.

Mientras Tainio se recuperaba, él desabrochó la camisa y sacó la guía de teléfono que, disimulada con la chaqueta, había pasado desapercibida a los ojos del nativo. De súbito, Tainio se sentó y, girando sobre sus posaderas, disparó un *shuriken.*

Baxter estaba preparado y la estrella de agudas puntas y bordes como navajas de afeitar se clavó en la guía, colocada previsoramente, como parapeto, ante su rostro. Luego, la misma guía partió como un enorme proyectil contra el rostro de Tainio. Se oyó un atroz rugido. Tainio cayó de espaldas, pero, tenaz, alargó la mano para recobrar el *shuriken.*

Cuando lo alcanzaba, un tacón aplastó sus nudillos, arrancándole un aullido de dolor. Baxter mantuvo fieramente la presión. Una vez, Tainio quiso golpearle la pantorrilla con la mano libre, pero él le aplicó un golpe con el canto de la suya contra el antebrazo y dejó aquel miembro completamente entumecido.

Acentuó la presión y los huesos de la mano crujieron. Tainio golpeó el suelo con la palma de la mano izquierda, en señal de rendición.

—Bien, veo que te das por vencido —dijo Baxter—. ¿Dónde está la niña?

—Le juro… que no lo sé… —contestó Tainio, jadeante.

—Pero, al menos, conocerás al autor del plan de secuestro.

—Sé un número de teléfono…

—¿Quieres dármelo, por favor?

Baxter sacó su agenda y anotó el número.

—¿Alguna contraseña? —preguntó a continuación.

— Sí... Palmera seca...

—¡Hum!; no estoy muy convencido, pero soy lo suficientemente blando como para no arrancarte la piel a tiras.

Baxter se retiró a un lado. Tainio empezó a levantarse. Cuando terminaba de ponerse en pie, un codo chocó brutalmente contra su mandíbula y perdió el conocimiento.

Un minuto más tarde, Baxter se sentaba de nuevo tras el taxi.

—¿Fue interesante la reunión?—preguntó Pete.

Baxter arrancó la hoja de la agenda y se la entregó al chófer.

—Averigua a quién corresponde ese número de teléfono —pidió,

—Bien, señor. ¿Puedo... preguntarle por el estado de Tainio?

—Saldrá adelante, Pete.

El taxista soltó una risita maliciosa.

—Me alegro de que alguien le haya dado una buena tunda a Tainio. Es un sujeto repugnante. Yo comprendo que haya quien aprenda *karate* y todas esas cosas para defenderse de un ataque imprevisto, pero no para avasallar a personas decentes... ¿Al hotel, señor Baxter?

—Sí, Pete.

* * *

Se oía el ruido de la ducha en el baño cuando Baxter entró en la habitación de Sidonie. Cruzó la sala y se asomó al baño. Ella le miró por encima de la mampara de vidrio y aluminio.

—¿Has venido a que te dé el espectáculo? —preguntó.

—Sería la tercera vez —contestó él, indolente—. ¿Qué te ha dicho la superiora?

—Nada que no sepamos ya, Budd.

—La señora Eardnell as una pequeña ballena de cincuenta años y ciento treinta kilos de peso, aficionada, además, a los cigarros puros. ¿Cómo pudo alguien, entonces, hacerse pasar por ella, con un tipo y expresión tan distintos?

—No lo sé. Pero es de suponer que sor María de la Consolación no debía conocer a la señora Eardnell. De lo contrario, no le hubiese entregado a la niña.

—Parece razonable, Bidente Pero dime una cosa: te encomendé preguntar en todos los hoteles. ¿Estuviste en el Hibiscus?

—Sí, y me dijeron que allí no se hospedaba ninguna señora Eardnell. Cuando la describí físicamente, me dijeron que tenía que ser a la fuerza, otra mujer.

Baxter se quedó muy preocupado al oír aquella respuesta. Sidonie cerró el grifo de la ducha y abrió un poco la mampara.

—Alcánzame esa toalla, ¿quieres?

—Sí, preciosa.

Sidonie salió de la ducha y empezó a secarse. De pronto, exclamó:,

—¡Eh, Budd, ahora recuerdo que la superiora me dijo algo sobre la señora Eardnell...! ¡Budd! —chilló, repentinamente—, ¿Dónde estás?

Baxter había desaparecido. Sidonie corrió hacia la sala, sin importarle dejar las marcas de sus pies húmedos, en el pavimento. la puerta se cerraba en aquel momento. Quiso correr tras el joven, pero la toalla se le cayó y quedó completamente desnuda. Un tanto irritada por la actitud ele Baxter, se inclinó, recogió *la toalla de nuevo y continuó frotándose en el baño.

—Bueno, le veré a la noche, en el comedor —murmuró.

* * *

Baxter se encaramó en uno de los taburetes, miró fijamente a Kitty y sonrió, a la vez que le entregaba tres papeles de idéntico tamaño.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—La solicitud por triplicado. Léela.

Kitty leyó el contenido del primer papel y se echó a reír.

—Eres muy audaz —dijo.

—Pido las cosas con claridad *y* sin rodeos, como está mandado en las solicitudes oficiales —contestó Baxter.

Kitty dobló los papeles de nuevo y los guardó en el escote.

—Solicitud aprobada —dijo.

—Gracias.

—Ven a mi apartamento.

Kitty encargó a un subordinado que atendiera a la clientela.

—No sé cuándo volveré — dijo.

—Bien, señora,

Baxter siguió a la dueña del local a través de una angosta puerta, en la que se iniciaba una escalera de empinados peldaños y que terminaba en el piso superior. Kitty sacó una llave, abrió y encendió la luz.

—Nunca me lo habían pedido de una forma semejante —dijo.

—Hay que ser original o se corre el riesgo del fracaso.

Kitty llenó dos copas y ofreció una a su huésped.

—¿Brindamos por algún motivo especial?

—Brindaremos por este encuentro, si te parece —dijo Baxter. Tomó un sorbo, dejó la copa a un lado y rodeó con sus brazos el talle de la mujer—. Te aseguro que no lo vas a olvidar, Kitty.

—Eso dicen todos..

—Pero tú has olvidado ya a los demás.

Ella echó la cabeza hacia atrás.

—Nunca se olvida, del todo, a un hombre —suspiró.

Baxter buscó con los labios el cálido hueco entre el cuello y el hombro. Kitty volvió a suspirar y se estremeció.

El vestido que llevaba tenía cierre relámpago por la parte posterior. Baxter lo bajó y la prenda cayó a! suelo. Ella le mordió en el labio inferior. Las enaguas también cayeron. Ahora, Kitty llevaba solamente el sujetador y unas bragas portaligas. Baxter buscó el broche del sujetador.

Y, en aquel momento, llamaron a la puerta varias veces, muy rápida y seguido, un repiqueteo de nudillos que indicaba urgencia en el que llamaba.

Kitty maldijo obscenamente. Buscó una bata y se la puso. Baxter pensó que Pete había tenido razón al describir el lenguaje que empleaba la mujer.

Al fin, Kitty abrió y escuchó al que llamaba. Volvió a maldecir y Baxter oyó al tipo que decía algo preocupante:

—Ha venido con cuatro tipos. Si no pagamos, son capaces de arrasar el local. Tienen ganas de que les diga que no, Kitty.

—Está bien, dales la “pasta", Shaito. Yo me ocuparé, mañana, de hablar con el cerdo de Tikhoro. Y, por poco que pueda, le voy a desencajar la mandíbula de una bofetada.

El nombre de Tikhoro llamó la atención a Baxter, aunque, prudente, se dijo que lo mejor era dejar las confidencias para más adelante. Salió al encuentro de Kitty y le quitó la bata.

—Sé que has tenido un contratiempo, pero yo voy a hacer que lo olvides —dijo,

—Falta me hace —contestó ella, a la vez que emitía un gruñido casi animal.

CAPÍTULO X

Encendió dos cigarrillos y pasó uno a Kitty. Ella inhaló el humo y lo exhaló lánguidamente, tendida boca arriba en la cama.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Baxter.

—Hasta cierto punto.

Baxter se puso de costado, apoyado en un codo.

—Explícame tu problema. Te he oído nombrar a Tikhoro...

—Protección —respondió ella—. ¿Sabes lo que eso significa?

—Sí. Continúa.

—Hasta ahora, le pagaba una cuota determinada. Hoy han venido sus gorilas con la pretensión de cobrar el doble. Tenía el local lleno de gente y no podía permitirme el lujo de un escándalo. Esto ahuyenta a la clientela y Tikhora lo sabe. Pero mañana, cuando vaya a verle, te aseguro que le voy a saltar todos los dientes...

—Tendrás que pegar fuerte. Las mejillas son un buen colchón contra los golpes.

—No contra los míos... ¡el muy hijo de puta! —aseguró Kitty, todavía enfurecida. De pronto, se sentó en la cama y sus senos bailaron un poco—. ¿Es que piensas que puedo permitirme el lujo de pagar dos mil al mes? Si no le pago, me destroza el local... y si subo los precios, la gente dejará de venir. ¿Qué te parece el panorama?

—Bueno, Tikhora se aprovecha de la situación, aunque nunca pensé que un hombre tan adinerado pudiera necesitar mil dólares más al mes,

—Si tiene cincuenta o sesenta locales en su organización, son cincuenta o sesenta mil dólares más. Pero esto puede acarrear una guerra de pandilla. Puede que yo me vaya a hablar con Eddie Suzoki, su principal competidor. Suzoki me lo haría por la cuarta parte.

—Has dicho Eddie Suzoki.

—Sí. ¿Lo conoces?

—Me interesa el nombre. Probablemente, iré a hablar con él.

—Es otro tiburón y está ascendiendo. Un día quitará e! puesto a Tikhoro. —Kitty meneó la cabeza y añadió— : Tikhoro atraviesa, ahora, dificultades económicas.

Baxter arqueó las cejas.

—No me digas...

—Lo que oyes, Budd.

Baxter sonrió. Dejó el cigarrillo a un lado y atrajo a Kitty hacia

sí.

—Ven, cuéntaselo todo al hombre que no olvidarás nunca —dijo, apasionadamente.

* * *

Eddie Suzoki sonrió desdeñosamente al conocer las pretensiones de su visitante.

—¿Y por qué le he de contar yo cosas de Tikhoro, señor Baxter? —preguntó a la mañana, en su lujoso despacho, mientras inclinaba la cafetera de plata sobre una de las tazas.

—Me interesa conocer su opinión sobre él —dijo Baxter, al aceptar la taza de la humeante infusión.

Suzoki le miró inquisitivamente. Era un hombre de unos treinta y ocho años, estatura mediana y vestimenta impecable. Delgado, de tez clara y ojos levemente oblicuos, su ascendencia nipona resultaba indudable.

— Tikhoro fue el rey de las islas. Ya no lo es —contestó Suzoki.

—¿No? Oiga, no se puede dar un paso sin que él esté informado...

—Son restos de su antiguo imperio, amigo. Yo también sé quién es usted y que está haciendo en Honolulú. ¿Todavía no ha encontrado a la hija de Tikhoro?

—¡Ah! Esta enterado...

Suzoki lanzo una risita que dio muy mala espina a Baxter,

—Tal vea usted sabe dónela está—apuntó.

—No, no lo sé. Es algo que no ha podido averiguar.

—Ni conoce a los secuestradores,

—Por supuesto que no, Señor Baxter, *yo* soy capaz de hacer muchas cosas, incluido el secuestro, pero jamás raptaría a una niña de nueve arios. Créame, es algo verdaderamente repugnante, todo lo que se haga debe ser con personas mayores, dueñas de sus actos *y* conscientes de lo que sucede. Lo que han hecho esos secuestradores merece le horca. Puede que la niña quede traumatizada para siempre, ¿comprende?

—Ya —murmuró Baxter—. En fin, siento haberle molestado. .

—No ha sido molestia, sino placer. Pero si quiere una mayor información, vaya a visitar a Herman Dawson,

—¿Quién es Dawson?

—El director de la compañía enlatadora de piña americana, marca “Tikhoro” Vaya, vaya a verle, se lo recomiendo muy encarecidamente.

—Si usted lo dice...

Suzoki, cortés, acompañó al joven hasta 3a puerta.

—Sé que es turista, y que no estará mucho tiempo en Honolulú.

De lo contraríe, le propondría unirse a mi organización —dijo.

—Perdería el tiempo —sonrió Baxter—, ¿Le digo los motivos?

—No. Usted *y* yo pertenecemos a dos mundos enteramente distintos y me considero muy afortunado al no tener que enfrentarme con un adversario tan peligroso. He tenido un gran placer, señor Baxter.

—¡Adiós, señor Suzoki!

Cuando llegó al hotel, Sidonie le acogió con una estrepitosa sarta de reproches.

—Has estado toda la noche fuera y yo aguardándote en tu cuarto, como una tonta... A saber dónde has pasado la noche...

— Muy agradablemente —contestó él.

—Con alguna "furcia".

—Es una mujer.

Sidonie puso las manos en las caderas y adelantó el busto.

—¿Qué soy yo? ¿Una estatua de madera?

Baxter le cosquilleó en la barbilla, pero ella apartó los dedos de un manotazo.

—No me toques, pervertido individuo...

—Sidonie, nuestras relaciones están basadas en un asunto estrictamente profesional. Cuando acabemos, podremos hablar de ciertos temas, ¿comprendes?

—Bueno, pero es que esa zorra...

—A veces, hay que recurrir a ciertos procedimientos para conseguir buenos resultados.

—Está bien. Supongo que no debo quejarme. A fin de cuentas, no tengo por qué pedirte nada... Tú eres libre y no estoy en condiciones de prohibirte que te... refociles con quien sea.

—Siempre que sea una mujer —sonrió él—. Pero tengo la sensación de que ibas a decirme algo importante.

—Sí —respondió Sidonie—. Te lo iba a decir ayer, porque recordé el detalle súbitamente, al salir de la ducha, pero ya te habías marchado. Luego te aguardé en el comedor y después vine a tu habitación...

—Bien, bien, suéltalo ya —pidió Baxter.

Ella se lo dijo. Entonces, Baxter, súbitamente, dio media vuelta y echó a correr como si lo persiguiera el diablo.

—¡Pero, Budd...! —gritó.

Desalentada, dejó caer las manos a lo largo de los costados.

—Es inútil, no me queda otro remedio que aguardarle —se resignó.

* * *

Myrna Sage oyó la llamada y cruzó el cuarto del hotel en que se

alojaba, para abrir. Entonces vio al hombre apoyado en la jamba, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Señor Baxter!

—¡Hola! —dijo el joven—. He .venido a invitarle a dar un paseo.

Myrna arqueó las cejas.

—¿Un paseo?

—Hasta la noche, no tiene que actuar ante el piano. Son las dos de la tarde y nos queda tiempo de sobra para ir a la Cascada del Arco Iris, uno de los lugares más bonitos de Honolulú. Además, podemos bañamos, si le apetece...

Los ojos de Myrna brillaron de placer anticipado.

—He oído hablar de ese sitio, pero no he estado —manifestó—. Además, he oído, también, cosas,..

—¿Por ejemplo?

Myrna rió argentinamente.

—Se lo diré cuando estemos allí. ¿Me permite unos segundos?

—Tengo abajo mi coche. La espero, Myrna.

—Está bien, Budd.

Baxter descendió a la calle. Pete se le acercó, con cara de tristeza.

—No usa mi taxi —dijo.

—Lo siento. Para lo que voy a hacer, prefiero un coche alquilado.

—Le he conseguido el número de teléfono que me pidió ayer.

Baxter tomó el papel que le entregaba Pete, lo leyó y luego lo guardó en el bolsillo.

—Muy notable —calificó.

—Lo mismo pienso yo, señor Baxter.

Los ojos del joven se clavaron en el rostro de Pete.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó.

—Hasta ahora, sólo usted, yo... y la chica de teléfonos qué me lo ha dicho.

—No lo digas a nadie más, Pete.

—Descuide.

Myrna aparecía en aquel momento en la puerta, vestida con una blusa sin mangas ni espalda, pantalones muy cortos y sandalias de rails. Pendiente del hombro llevaba un gran bolso, también de rafia, del que sobresalía una toalla multicolor.

—Una mujer verdaderamente hermosa —murmuré Pete.

—Lo es —sonrió Baxter—. Vamos a la Cascada del Arco Iris. No me sigas, Pete,

El taxista emitió un murmullo parecido a una risa.

—Merecería la pena, sólo por verla a ella —elijo—. Que se divierta, señor Baxter.

—Eso espero —contesto el joven, a la vez que abría la portezuela del espectacular coche blanco, descapotable, alquilado apenas treinta minutos antes.

* * *

La cascada caía desde unos veinte metros de altura y el agua pulverizada se remansaba luego en un gran estanque, rodeado de vegetación, provocaba el arco iris cuando los rayos del sol pasaban a su través. El río y salía por una brecha abierta en las rocas durante el transcurso de miles de años. Baxter dejó el coche en un lugar sombreado y se apeó inmediatamente.

—¿Qué le parece, Myrna? —preguntó,

Ella juntó las manos, arrobada.

—¡Maravilloso! No batía visto nunca nada igual —exclamó.

—La excursión merecía la pena, creo.

Ella volvió la cabeza para mirarle largamente.

—Estas excursiones tienen, además, otros atractivos que la pura contemplación del paisaje. ¿Lo sabía usted?

—No sé a qué se refiere, Myrna. Simplemente, me hablaron de este lugar y, a pesar del mapa, he necesitado de la ayuda de un entendido para que me interpretase algunos puntos poco claros. Como habrá podido darse cuenta, no es un lugar muy frecuentado y el camino es bastante difícil.

—Precisamente en eso reside el encanto de la excursión. En fin, aunque ya le dije en el hotel que había oído cosas, que luego le explicaría cuando estuviésemos aquí, veo que no acaba de comprender. O lo ignora.

—¿Por qué no lo explica de una vez, Myrna? —pidió él.

—La explicación debe ser práctica, Budd.

Súbitamente, Myrna llevó sus manos detrás de la cabeza y soltó un broche. La blusa, más bien un peto, cayó al suelo y Baxter tuvo ocasión de contemplar dos senos verdaderamente bien formados. Los pantalones siguieron el camino de la blusa y, en unos segundos, Myrna quedó desnuda, espléndidamente hermosa, increíblemente atractiva en aquel estado primitivo. La piel blanca era un delicioso contraste contra el verdor de la vegetación circundante y el azul de las aguas del estanque.

Ella echó a correr hacia una roca cercana, a la que subió de un salto. Miró un instante a Baxter y gritó":

— ¿No te atreves, Budd?

El joven sonrió. Inmediatamente, empezó a desabotonarse la camisa.

Un momento después, se zambullía en el agua, en pos de aquella forma blanca, que se movía con la agilidad de un pez. Una o dos veces

estuvo a punto de alcanzar a Myrna, pero ella siempre se le escabullía. Después de un largo rato de natación, empezaron a acercarse a la orilla.

Myrna tocó pie y quedó erguida, con el agua a la cintura. Baxter se acercó a ella y puso ambas manos en los costados.

En los hermosos ojos de la pianista había una extraña luz. Baxter se aproximó un poco más. Myrna elevó lentamente sus brazos. Las dos bocas se unieron en un ardiente beso, mientras los cuerpos se adherían mutuamente, contactando de la cabeza a los pies. Así estuvieron durante un largo minuto.

Luego, Baxter levantó en brazos a Myrna y saltó fuera del agua, en dirección a unos arbustos, en donde abundaban los hibiscos y las buganvilias. Myrna tenía los ojos entrecerrados y gemía dulcemente. Luego, todo fue vértigo y pasión.

Transcurrió un buen rato. Tendidos de espaldas sobre la hierba, contemplaban las nubes blancas que se deslizaban lentamente por un cielo esplendorosamente azul. De pronto, Baxter tomó la mano izquierda de Myrna y la besó suavemente. Luego contempló el aro de oro que lucía en uno de sus dedos.

—¿Casada?

—Digamos… divorciada —sonrió ella—. Supongo que eso no importa demasiado.

—No. Realmente, importa el anillo con cabeza de león y dos rubíes por ojos, que había antes en este dedo, en lugar de una vulgar alianza de matrimonio.

CAPÍTULO XI

Myrna se sentó rápidamente en el suelo.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó—. No te entiendo…

—La alianza es más estrecha que el anillo y se nota, aún, la marca que éste ha dejado en tu dedo, señora Eardnell —dijo Baxter impasible.

—Budd…

—La hija de cierto personaje importante fue secuestrada, mediante una carta suya falsificada, en la que se ordenaba entregar a la niña a la portadora de dicha carta, señora Eardnell. La secuestrada se hallaba interna en el convento de Santa Teresa y la superiora, para cerciorarse de la autenticidad de la orden, telefoneó a ese personaje, quien corroboró la carta. Mientras, la señora Eardnell, para entretener la espera, fue a la capilla, que por cierto necesita una reparación a fondo, y se entretuvo tocando en el armonio algunas piezas clásicas. Sor María de la Consolación recuerda muy especialmente un *Impromptu* de Schubert, ejecutado con notable brillantez—, Baxter tomó, de nuevo, la mano de Myrna—. ¿Cómo se te ocurrió meterte en estos jaleos? —preguntó.

Myrna estaba palidísima y sus bellos senos se agitaban violentamente, debido a la respiración alterada.

—Es… estaba arruinada… Me lo propusieron…

—Y tuviste que aceptar.

—Sí.

—Te dieron instrucciones, naturalmente.

—Sí.

—¿Cuál fue tu recompensa?

—Cinco mil.

—No está mal, por unas horas de trabajo

—Compréndeme, *no* tema otra solución…

—Bien, dejemos esto, ahora, por el momento. Myrna, ¿dónde está la ruña?

—No lo sé.

—¿Cómo? La superiora te la entregó…

—Había un coche aguardando a quinientos metros. Allí otros se hicieron cargo de la niña.

Baxter se puso en pie.

— ¡Levántate! —ordenó

Myrna, aprensiva, se puso en pie. De súbito, Baxter la agarró por una mano y tiró de ella. Un par de segundos después, la arrojaba al agua y saltaba tras ella. Myrna asomó, casi ahogándose pero Baxter la agarró por los cabellos y metió su cabeza baje el agua. La pianista se debatía furiosamente, aunque su forcejeo era inútil. Al cabo de treinta segundos. Baxter aflojó y ella asomó fuera, tosiendo espasmódicamente, a la vez que emitía agudos sollozos. Baxter embargo, no había soltado aun su frondosa cabellera.

—Si quieres, podemos seguir...

—No, no, te diré lo que sé —contestó Myrna, aterrada—. Pero déjame salir fuera, por favor,

Myrna temblaba convulsivamente. Baxter se compadeció y, dándose cuenta de que estaba derrotada, dejó que saliera fuera del agua. Buscó la toalla y se la entregó.

—Toma, sécate.

Ella se enjugó primero la cara, aunque las lágrimas continuaban fluyendo de sus ojos.

—Tienes que ayudarme, Budd. Dijeron que me matarían, si despegaba los labios —manifestó.

—Descuida, nadie lo sabrá. Vamos, habla de una vez.

—Bien, después cíe que me entregaron a la niña...

Súbitamente, por encima del fragor de la catarata, estalló un disparo.

* * *

Los tallos de hierba volaron por los aires, entre las piernas de la pareja. Myrna chilló, asustada, aunque sin comprender muy bien lo que sucedía,

Baxter cargo" contra ella, utilizando el hombro derecho. Myrna cayó de espaldas sobre la hierba, pataleando frenéticamente, en el momento en que se oía el segundo estampido. Baxter percibió el viento de la bala sobre sus hombros y rodó por el suelo varias veces, alejándose del campo de tiro del asesino.

Pero entonces se dio cuenta de que Myrna continuaba en el mismo sitio, paralizada por el terror. Su cuerpo era un blanco ideal, destacando nítidamente contra el verde del césped. Alzó la cabeza un instante y divisó a un hombre arriba, junto a la catarata, apuntando a la joven con un rifle.

La cabeza y el torso del tirador se divisaban a la perfección, recortándose con toda claridad contra el cielo. Un segundo más, pensó, devorado por una furia impotente, y aquel hermoso cuerpo se convertiría en una masa inerte.

Pero en el mismo instante, estalló otro disparo en un lugar distinto.

El emboscado se puso en pie, sacudido por una terrible convulsión. Desesperadamente, quiso alzar su rifle, pero otro disparo le arrebató las fuerzas definitivamente.

El arma escapó de sus manos. Lentamente, se inclinó hacia adelante, cayó, describió una gran parábola y se hundió en el estanque en medio de una tremenda explosión de espumas.

Baxter, asombrado, volvió la cabeza. Pete asomó, sonriendo anchamente, con un rifle en las manos.

—Parece que he llegado a tiempo —dijo el taxista, alegremente.

—Pete, si yo fuera ella, correría a echarte los brazos al cuello y te comería a besos —contestó Baxter.

Myrna recobró entonces la consciencia de su situación. Levantándose de un salto, corrió, pero no para expresar su gratitud al hombre tan oportunamente lie gado, sino para esconderse detrás de unos arbustos.

Baxter y el taxista rieron estruendosamente. Luego, Baxter se inclinó, recogió la blusa y los pantaloncitos, y se los llevó a su dueña.

—Vístete —dijo, mirándola fijamente a los ojos—. Luego hablaremos.

Myrna asintió en silencio. Baxter regresó junto a Pete.

—Una aparición muy oportuna —comentó, mientras empezaba a vestirse—. Parece, sin embargo, que no quisiste seguir mi consejo.

—Soy muy curioso —respondió el taxista. Y, por primera vez, Baxter se fijó en los ojos de Pete y vio que había desaparecido la expresión servicial que era su constante desde el primer día.

—Sí, ya veo —sonrió—. Dicen que la curiosidad es la madre de todos los vicios, pero también, a veces, salva vidas humanas.

Myrna llegó entonces, pálida todavía y con el cabello revuelto. Alargó la mano y estrechó la de Pete.

—No sé cómo darle las gracias...

—Me basta saber que está viva, señora Sage, ¿Ha conseguido algo, jefe?

Baxter sacudid la cabeza.

—Hemos venido de excursión, Pete —respondió—. ¿Sabes quién era el tipo que intentó matarla?

—No, ni creo que tampoco importe mucho. En la base de la catarata, el estanque es bastante hondo. Su cuerpo tardará todavía algunos días en salir.

— ¿No tendrás complicaciones con la policía?

Pete soltó una risita.

—Deje eso de mi cuenta —respondió—Se marchan ya, supongo.

—Sí, en efecto.

Myrna había sacado un peine del bolso y se estaba arreglando el pelo. Un poco aprensiva, vio que el rifle apuntaba a su estómago,

sostenido con aire negligente por las manos de su dueño. Dio un paso lateral y el rifle giró también, mientras Pete charlaba y reía con Baxter.

De pronto, Baxter alargó la mano izquierda y levantó un poco la boca del cañón.

—Es un bonito rifle —dijo.

—Siempre resulta, útil un arma...

Crack, oyó Myrna, pasmada de asombro, mientras veía al taxista desplomarse como una masa inerte, a consecuencia del derechazo que Baxter había aplicado a su mandíbula.

— ¡Budd! —gritó.

—No te preocupes, hermosa —sonrió él.

Se inclinó, agarró el rifle y lo lanzó al centro del estanque. Luego la agarró por un brazo.

—Anda, vámonos —dijo.

—Pero...

—No hables —cortó él, imperativamente.

Cien metros más abajo, encontraron el taxi de Pete. Baxter paró su coche, se apeó y deshinchó dos de las ruedas del taxi. Luego volvió a su puesto tras el volante y dirigió una sonrisa a Myrna.

—Supongo —dijo—, que ahora me llevarás al lugar donde está la niña.

Myrna asintió, en silencio. Baxter le dio una palmada de ánimo en la rodilla.

—No temas, no te pasará nada —aseguró.

* * *

El coche se detuvo ante la puerta de una casa, perdida entre las colinas. En el jardín, una niña jugaba con un perro. Un hombre salió de la casa y se acercó, con rostro malhumorado, a los recién llegados.

— ¿Qué desean? —preguntó.

—Vengo a llevarme a la niña —contestó Myrna,

El hombre pareció sentirse desconcertado. Myrna se apeó y dio unos pasos hacia él.

—Me está apuntando con una pistola —dijo, en voz baja.

El sujeto respingó. En el mismo tono, contestó:

—Dígale que se baje, señora; yo me encargaré de él.

—Está bien. —Myrna volvió la cabeza—. ¡Ya puedes venir, Budd! —llamó.

Baxter abrió la portezuela, del coche. El sicario fue a sacar su pistola, escondida bajo la chaqueta, pero, en el mismo momento, Myrna le propinó un terrible empellón, haciéndolo trastabillar. Baxter aprovechó la ocasión, para correr hacia él y golpearle duramente el antebrazo derecho.

Se oyó un aullido de dolor. Baxter alzó la rodilla y la clavó en la ingle del sujeto que se curvó, con una mueca de agonía en su rostro. Un seco golpe a la nuca, con el canto de la mano, acabó la breve pelea.

Baxter se inclinó sobre el caído, le quitó la pistola y la arrojó a lo lejos, entre unos arbustos. Luego se volvió hacia la pianista.

— ¿Quién más está en la casa? —preguntó.

—Una mujer, la señora Tauea.

—Sin duda, conocida de la niña.

—Sí, fue su *nurse* en tiempos.

Baxter asintió.

—Tenía que ser así, a la fuerza —murmuró—. Myrna, ocúpate de la niña.

—Está bien.

Baxter avanzó hacia la casa. Cuando llegaba, una mujer salió a su encuentro.

Pasmado, contempló a la mujer, alta, enorme, pero no obesa, de torso robusto y piernas como columnas de acero. Ella, a su vez, le contempló inquisitivamente.

—La señora Tauea, supongo —dijo Baxter.

—Sí —contestó ella—. ¿Qué desea?

—Hemos venido a llevamos a la niña.

La señora Tauea se echó a reír.

—Ese pobre tonto de Deehito está tendido en el suelo, porque no quiso seguir nunca mis consejos —exclamó despectivamente—. Debiera haber aprendido a pelear...

De súbito, lanzó un agudo *kiai* y, pese a su enorme corpachón, se elevó en el aire con suprema agilidad. La punta de su pesado zapato cuadrado estaba ya a punto de llegar al mentón de Baxter, cuando éste, inclinando el torso hacia atrás, golpeó, con ambas manos juntas y hacia arriba, la pantorrilla de la mujer, haciéndola dar una voltereta completa en el aire.

La señora Tauea poseía una increíble agilidad. Todavía en el aire, se contorsionó corno un gato y cayó de cara, parando el golpe de la calda con pies y manos. En esta postura, disparó el pie derecho de nuevo, como si coceara. Otros menos precavido que Baxter se hubiera arrojado sobre ella y recibido un golpe demoledor, pero no sucedió como la “señora Tauea esperaba.

Las dos manos de Baxter asieron el tobillo, con férrea presa. Inmediatamente, Baxter echó a correr, arrastrando a la mujer por el suelo del jardín. Ella chillaba frenéticamente, a la vez que golpeaba impotentemente el suelo con los puños. Así recorrieron unos veinte metros hasta que, de súbito, Baxter se detuvo e inició un fulgurante giro sobre sus talones.

Al completar la vuelta, soltó a la mujer, que fue a estrellarse contra una palmera cercana. Ella, no obstante, se levantó, aunque ya tenía la mirada vidriosa y se tambaleaba, insegura. Baxter se acercó de nuevo y golpeó sus costados con los cantos de ambas manos.

La boca de la mujer se abrió en una mueca indescriptible. Implacable, Baxter golpeó, ahora, su cuello, de la misma forma, y ella, derrotada ya irremisiblemente, cayó de bruces al suelo.

Myrna le contemplaba, pasmada.

— ¿Era necesario...? —preguntó.

—Sí hubiese perdido la pelea, ahora estaría muerto —contestó Baxter—. Créeme, ella no habría tenido compasión de mi.

Inspiró profundamente y añadió:

—Anda, termina de preparar a la niña. Voy a ver si hay un teléfono en la casa. Cortaré los hilos; no conviene que sepan de nuestra presencia en este lugar, antes de tiempo.

CAPÍTULO XII

Los ojos de Tikhoro chispearon, al ver a su visitante cruzando la terraza. Agitó una mano y dijo:

—Harry, prepara refrescos. Luego déjanos solos.

—Sí, señor —contestó el esbirro.

Baxter entró en la sala. Durante unos segundos, permaneció en pie, mirando fijamente al obeso individuo.

—La niña está en el convento de nuevo, sana y salva —informó.

Tikhoro movió una mano.

—Ahí tiene —indicó los vasos, empañados por el hielo—. Ha hecho una magnífica labor, tal como había supuesto desde el principio.

—Bien, entonces, ya sólo queda una cosa por hacer: entregarme los cincuenta mil dólares que me prometió el día que nos conocimos.

—Baxter, tengo que confesarle una cosa. Lo lamento infinito, pero no puedo pagarle. Estoy arruinado.

—Ya lo sabía, Tommy.

—Que sabía... —repitió.

—Sí. Sabía que estaba arruinado... con el dogal al cuello, el agua al cuello, la soga al cuello... Las metáforas son innumerables y todas significan lo mismo. Su mala administración, la competencia... todo se ha unido para llevarlo al borde de la bancarrota y buscar una solución en un ficticio secuestro: el secuestro de su propia hija.

Tikhoro se enderezó un poco en el sillón.

— ¡Absurdo! —exclamó—. ¿Quién le ha metido esas disparatadas ideas en la cabeza, Baxter?

—He indagado mucho por ahí, he conversado con personas de todas clases, empezando por Kitty Creigham en primer lugar. Doblar la cuota de protección no significa, precisamente, una marcha boyante de los negocios, pero era una de las pocas salidas que le quedaban, si quería resurgir de sus cenizas, como una nueva ave Fénix, al menos, según sus cálculos. Kitty le conoce bien a usted y en su local se oyen muchas cosas. Ella recoge infinidad de noticias, chismes, rumores y comentarios, que guarda para sí... y los comunica a quien le cae simpático.

—Por ejemplo, usted —dijo Tikhoro, con voz tensa.

—Sí, yo. La conversación con Kitty y la presencia de sus rufianes en el local, para cobrar una cuota repentinamente duplicada, fueron

para mí una especie de revelación. Luego, su competidor principal, Suzoki, me contó también, muchas cosas y no digamos Dawson, el director de su fábrica de piña enlatada, hipotecada hasta la última carretilla de carga. Y, finalmente, tuve, también, una interesante conversación con la auténtica señora Eardnell, de nombre Daisy y apellidada Tikhoro de soltera; su hermana, en una palabra. Naturalmente, la entrevista más interesante fue la segunda, porque en la primera ocasión yo salí huyendo, al ver que aquella mujer no era la que se había presentado en el convento bajo el nombre de Eardnell, tal como la había descrito la superiora. Luego supe que era su hermana… y volví a verla.

Baxter encendió un cigarrillo y lanzó una bocanada de humo.

—El secuestro ha sido una comedía, del principio al fin, salvo para unos pocos, que creían estar haciéndolo realmente y que se sentían deslumbrados ante las rosadas perspectivas de repartirse un millón de dólares —continuó—. Pero ese mismo plan corría el riesgo de ser descubierto y usted quiso evitarlo, contratando a alguien que no fuese conocido en Honolulú, alguien que podía hacerlo, modestia aparte, medianamente bien, y que, de paso, despistaría a otros interesados en el asunto,

"El secuestro en fin, iba a servir para evitar su ruina, no porque se viese obligado a pagar un millón de dólares, sino porque así se vería libre de cancelar las deudas que le agobian, ese dogal al cuello que dije antes. Yo rescataría a la niña, pero usted ya habría «pagado» el rescate. Entonces diría a sus acreedores: «Lo siento, no puedo pagar. El rescate de mi hija me ha dejado en la mina más completa.»

—Es usted listo, muy listo, Baxter, Empiezo a pensar que cometí un error al contratarle.

—Especuló con mi relativa ignorancia de la situación y, pensó que yo me ocuparía exclusivamente de encontrar a la niña, sin preocuparme de las implicaciones circundantes al asunto principal.

Baxter sacó un papel del bolsillo y lo dejó sobre, la mesa.

—Este es el teléfono reservado, con el que Tainio se comunicaba con usted. Alguien lo averiguó para mí, cuando usted había llegado a la conclusión de que yo empezaba a nacerme peligroso.

—Supo derrotar a Tainio —murmuró Tikhoro, admirado.

—Y, además, le hice hablar. Tainio fue el que mató a Laskie, portador de un maletín con un cuarto de millón en efectivo, dinero que le había prestado la señora Eardnell, su hermana, quien, sinceramente, creía en el secuestro. Están enemistados, pero la sangre es un lazo que no se rompe nunca del todo y, en un caso como éste, su hermana le ayudó, haciendo que Laskie trajera de San Francisco ese dinero. En realidad, era todo lo que había podido conseguir hasta el momento, aunque simulara que estaba reuniendo el resto de la suma

pedida por los secuestradores. Incidentalmente, le diré que Tainio me engañó, cuantío dijo que se había llevado el dinero para castigarle a usted, por haber contratado a un detective. Supo ser lo suficientemente astuto, como para darme una pista falsa, pero cuando la señora Eardnell me dijo que los doscientos cincuenta mil dólares eran suyos, lo vi torio más claro.

"Los únicos que no lo vieron claro, fueron los que sí creían en la autenticidad del secuestro y que lo efectuaron, después de que Tainio hubiese buscado a las personas adecuadas y les propusiera el plan. Uno de ellos fue Holman, el experto en teléfonos, que luego quiso cobrar más dinero del pactado. Myrna Sage fue otra de las personas que también creían en el auténtico secuestro, como la señora Tauea y el tipo que estaba con ella en la quinta de recreo de" las montañas... y, naturalmente, sor María de la Consolación, quien, a petición suya, calló para no irritar a los secuestradores. Pero había otros que sí conocían la comedia del secuestro.

Baxter movió una mano.

—Aquí hay unos cuantos —añadió—, aunque le son fíeles. Pero otros, en cambio, lo creyeron en un principio, sobre todo, su socio principal, el hombre que no figura nunca en primera fila, el que desempeña siempre un papel secundario, tal vez porque le gusta y así vigila todo. Usted fue un día un personaje prestigioso en lar, islas, dentro de su mundo, claro, pero ahora había empezado ya a declinar, y, como digo, estaba al borde de la bancarrota. De todos modos, y aun considerando lo repugnante del caso, porque puso en peligro la vida de su propia hija, lo que le vaya a suceder no me importa en absoluto. Usted me prometió cincuenta mil dólares y voy a llevarme ese dinero.

— ¿De veras lo cree así, Baxter?

—Sí.

Bruscamente, Baxter agarró a Tikhoro por un brazo y tiró de él con todas sus fuerzas, arrancándolo del sillón antes de que pudiera ejecutar el menor gesto de resistencia. Luego lo arrojó, dando vueltas, a un extremo del salón. Tikhoro quedó en el suelo, jadeante y aturdido, sin comprender muy bien lo que había sucedido.

Acto seguido, Baxter levantó el asiento de la butaca. El maletín con los doscientos cincuenta mil dólares estaba debajo. Lo puso sobre una mesa, soltó las presillas, lo abrió y contó diez fajos de a cien billetes cada uno, que guardó en el seno. Tikhoro empezaba a levantarse en aquel momento, pesadamente, debido a su misma obesidad, que le obligaba a moverse con enorme torpeza.

Pero aún disponía de buenos pulmones, al menos para lanzar un potente grito:

— ¡Dog! ¡Ven inmediatamente!

Alguien apareció en la entrada dé la sala. Era el mismo sujeto

que había estado dispuesto para azotar a Sidonie.

Tikhoro emitió una orden rechinante:

— ¡Mátalo, Dog!

La voz del gordo vibraba todavía en el aire, cuando una botella voló con tremenda velocidad, estrellándose contra el rostro del sicario. Los trozos de cristal volaron como si la botella hubiese contenido un explosivo. Sin una sola palabra. Dog se desplomó al suelo, totalmente inconsciente.

Tikhoro empezó a sentir miedo.

— ¡Harry, Harry! ¡Karl! —chilló.

Pero nadie contestó a sus desesperadas llamadas. De pronto, un hombre se hizo visible en el umbral.

— ¡Hola, Pete! —dijo Baxter, con voz neutra.

—He estado oyendo buena parte de la conversación —dijo el taxista—. Ha resultado muy interesante.

—Instructiva, diría yo mejor.

—También es cierto.

—Pete, no estarás resentido por el golpe que te di esta tarde.

—No, ¿por qué iba a estarlo? Pero usted, sin duda, sospechó algo que no era cierto.

—Tu rifle apuntaba al estómago de la señora Sage.

—Les había salvado la vida,

—Por si acaso, Pete.

Se oyó una risita.

—Es usted muy desconfiado... ¿Cómo ha llegado a saber que soy, digamos, uno de los socios de esa bola de grasa?

—Estabas contantemente conmigo. No me dejabas a sol ni a sombra, Pete.

—El podía habérmelo ordenado.

Baxter sacudió la cabeza.

—Tommy necesitaba alguien que estuviese constantemente en la calle y que no levantara sospechas. Pero además, hay dos datos que me hicieron conocer la verdad.

— ¿Cuáles son?

—Uno, Kitty.

—Ya. Es muy lista. Sabe muchas cosas.

—Pete, no la toques. Te arrancaría la cabeza con las manos.

—Rebajaré la cuota —rió el taxista—. Además, me conviene tener a Kitty de mi lado. No se preocupe por ella.

—Eso espero.

— ¿Cuál es el otro detalle, por favor?

—En la cascada; dijiste *señora Sage.* No la conocías, no tenías por qué saber su apellido... a menos que te hubieras interesado especialmente por ella... y si Tommy te había ordenado que te

convirtieses en mi sombra, pero acatando siempre mis instrucciones, no tenía sentido que te presentases allí por propia iniciativa. Y, por otra parte, no es corriente que un taxista lleve un rifle en su coche. Una pistola, tal vez; pero un rifle...

Pete volvió a reír.

—Ese cerdo de dos patas debió haberlo tenido en cuenta —dijo —. Ni yo mismo había llegado a sospechar que me engañaba, con un falso secuestro. Incluso llegué a creer que el dinero había sido robado auténticamente.

Pete avanzó un par de pasos.

— ¿Está todo? —preguntó.

—El me prometió cincuenta mil dólares. Los tengo yo.

—A la señora Eardnell no le va a gustar.

Baxter se encogió de hombros.

—Es un asunto entre hermanos —dijo—. Y lo que suceda a partir de ahora, es asunto tuyo y de Tommy.

Los ojos de Tikhoro miraron, angustiados, hacia la terraza.

—No llames a nadie —dijo Pete—. Nadie acudirá.

—Me voy —declaró Baxter.

—Sí, es lo mejor.

Baxter echó a andar. Atravesó la terraza, llegó al jardín y se sentó tras el volante.

De súbito, oyó un terrible alarido en la casa. Movió la cabeza. Hizo girar la llave de contacto y el motor se puso en marcha.

Media hora más tarde, entraba en el hotel. El sonido de un piano llegó, en el acto, a sus oídos.

Entró en el comedor. Los ojos de Myrna Sage brillaron apasionadamente.

Baxter se acercó a ella,

—Has conseguido el puesto —dijo.

—Sí.

—Te felicito.

—Ven luego a verme.

Baxter sonrió, pero no dijo nada. Subió a su habitación y empezó a desvestirse. Cuando terminó, se metió en la bañera. Necesitaba un baño largo, relajante.

Media hora más tarde, envuelto en una toalla, salió y se quedó estupefacto.

Todo su equipaje, incluida la billetera y el reloj, hasta el último par de calcetines, se habían evaporado como por arte de magia.

Sobre la mesa, encontró una cuartilla escrita:

> “Si quieres recuperar lo que es tuyo, ven a la habitación 826,

Baxter sonrió. Ahora ya conocía el apodo de la ladrona.

* * *

Al día siguiente, Budd y Sidonie efectuaron un viaje en automóvil. Baxter detuvo el coche junto a la tapia del convento y arrojó un paquete por encima. Luego regresó al automóvil, arrancó de nuevo, viró y emprendió el regreso a Honolulú.

— ¿Qué has hecho, Budd? —preguntó Sidonie, muy intrigada.

Baxter sacó un puñado de billetes y los puso en el regazo, de su hermosa acompañante.

—Al menos, no podrás decir que has perdido el viaje a Honolulú —exclamó alegremente. Luego añadió—: La capilla del convento necesita una restauración a fondo.

— ¡Oh! —dijo Sidonie, al comprender la acción de su acompañante—, Tikhoro era un Upo muy tacaño, a pesar de tener, aquí, a su hija.

— Bueno, al menos, ha hecho un donativo póstumo.

Sidonie había leído los periódicos de la mañana,

—Budd, ¿crees que murió de un ataque cardíaco? —preguntó.

—Nena, cuando alguien muere, siempre se le para el corazón —respondió él evasivamente.

Poco más tarde, llegaban al hotel. Cuando entraban en la habitación, vieron a la pianista,

—De modo que, ahora, con esta prójima... —dijo Myrna.

— ¿Quién es esta fulana? —preguntó Sidonie.

Baxter sonrió.

—La señora Sage, la señorita Cayburn...

Pero no pudo seguir hablando. Myrna y Sidonie habían iniciado una estrepitosa pelea, con gran variedad de interjecciones y abundantes tirones de pelo. Myrna había olvidado por completo sus modales distinguidos y juraba como un sargento de *marines*, mientras que Sidonie procuraba encontrar dicterios aún más virulentos. Al cabo de un rato, jadeantes y sin resuello, con las ropas destrozadas y las cabelleras en desorden, cayeron sentadas al suelo.

— Se ha ido —exclamó Sidonie.

En aquellos momentos, Baxter entraba en un taxi.

— ¡Al aeropuerto, rápido! —exclamó,

—Bien, señor.

Baxter se puso rígido.

— ¡Pete! —exclamó

El taxista se echó a reír.

—Otra vez en el mismo sitio —dijo—. Me gusta.

—A mí no me gusta ir en un coche conducido por un asesino —rezongó Baxter.

—Está equivocado. Aunque le cueste creerlo, la verdad es que Tikhoro murió de miedo, así como suena.

—Entonces, aquel grito…

—Fue lo último que hizo. Gritó… y cayó redondo.

—Pero si no se le hubiese parado el corazón, tú…

—No hablemos de lo que no sucedió, jefe.

Baxter asintió. Sí, la respuesta de Pete era muy sensata. Pero, tal vez un día, Pete acabaría de mala manera.

Eso no era asunto suyo, se dijo, un tanto egoístamente. Y por mucho que luchase contra el mal y la injusticia, nunca podría arreglar el mundo, del todo. Pero haría lo que pudiese, se propuso.

Poco después, se despedía del nativo.

—*Aloha,* Pete.

—*Aloha,* señor Baxter.

El joven echó a andar hacía la pista. De pronto, se volvió.

—*Aloha* también a Kitty —sonrió.

—Se lo diré, descuide.

Pete permaneció en el aeropuerto, hasta que el avión s hubo desaparecido en el cielo, rumbo al Este. Luego volvió al taxi.

—De verdad, me hubiera gustado tenerlo como socio —murmuró.

Un hombre corrió hacia él.

— ¡Taxi, eh, taxi! —gritó.

Pete se volvió. El hombre era muy gordo y resoplaba fuertemente, falto de aliento. Le recordaba a Tikhoro. Una mueca de disgusto apareció en su rostro.

—Lo siento, señor; tengo ya comprometido este viaje —manifestó.

Al arrancar, miró de nuevo hacia el Este y sonrió.

—*Aloha.* Budd Baxter. Y buena suerte —murmuró.

F I N